

EL COJO ILUSTRADO

Año II

1º DE JULIO DE 1893

Nº 37

PRECIO		EDITORES PROPIETARIOS	EDICION BIMENSUAL
SUSCRICIÓN MENSUAL.	B. 4	J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.	DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO
UN NUMERO SUPLENTO.	B. 2	EMPRESA EL COJO—CARACAS—VENEZUELA	CARACAS — VENEZUELA
		DIRECTOR: MANUEL REVENGA	

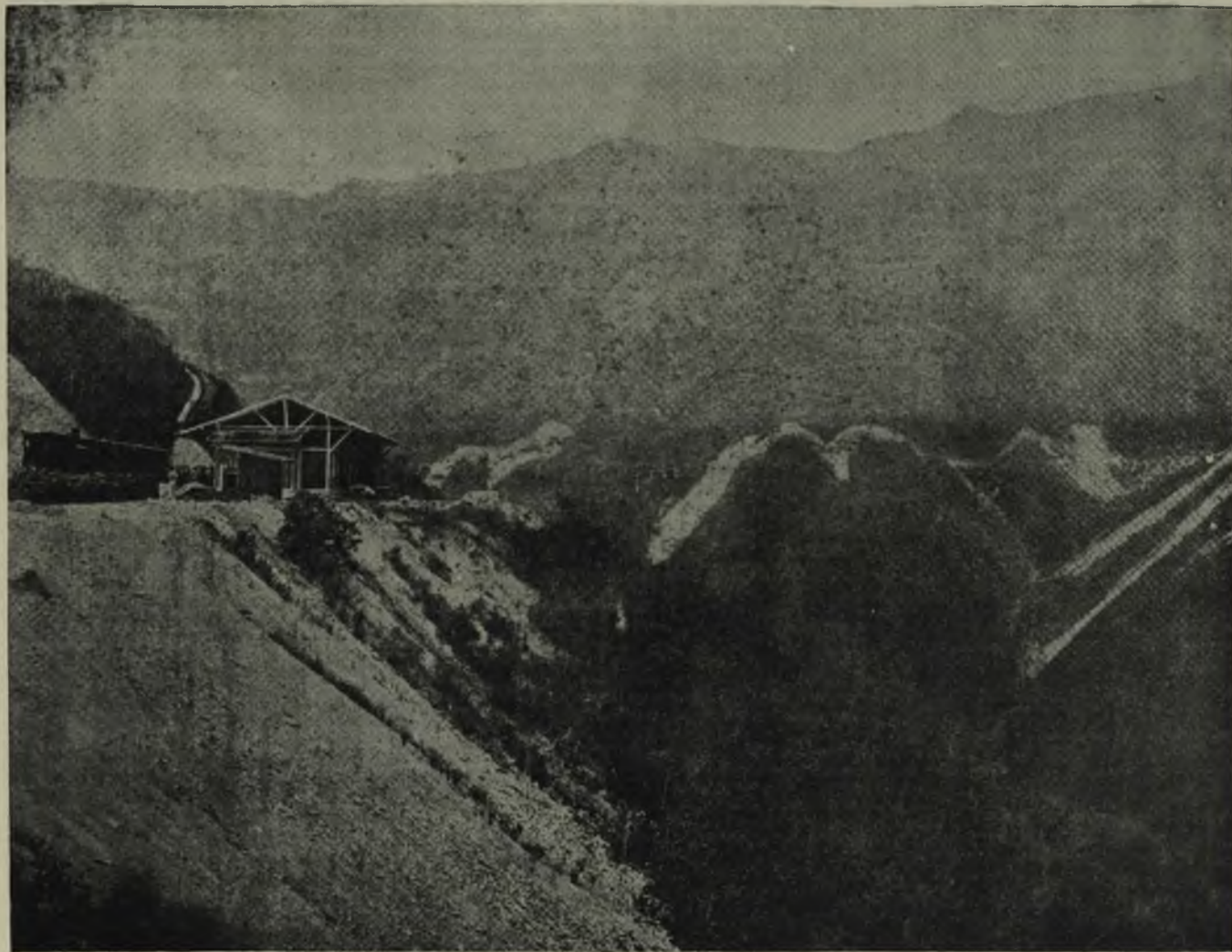
ORIGINALES. — NO SE DEVOLVERÁN LOS QUE SE NOS REMITAN, PUBLIQUENSE Ó NO

SUMARIO

TEXTOS.—Nuestros Grabados.—El Combate de Trafalgar, por Juan Guan y Durán.—Pbro. Doctor José Ramón Rodríguez, por D. G.—Mi despertador, poesía de Alirio Díaz Guerra.—Recuerdos de Venezuela, por D. A. Arrieta.—A la señora Benigna Fombona Palacio de Zérega, por J. R. Puchano.—Cuento fantástico, por Benjamín.—Alumno aprovechado, inserción.—La vida del Pescador, novela original por el Doctor A. Domínguez.—Pensamientos, por el Doctor J. M. Núñez de

Cáceres.—Los Por qué? de la señorita Susana, por Emile Desbeaux.—El Gusano, poesía de A. Gando Bustamante.—El Pescador de Islandia.—Revista de la Quincena, por E. Méndez y Mendoza. GRABADOS.—Estación de las Mostazas, de fotografía de Lessmann.—Pbro. José Ramón Rodríguez, de fotografía.—Teresa Carreño, de fotografía.—La Madonna de la Capilla Sixtina, cuadro de Rafael de Urbino.—Entrada al Cementerio de Valencia, de fotografía.—Entrada al Cementerio del Sur: Cara-

cas, de fotografía.—Entrada al Cementerio de Puerto Cabello, de fotografía.—Edificio de la Bolsa de Hamburgo.—Antigua Iglesia de San Jacinto, dibujo a la pluma.—Aduana de Puerto Cabello, de fotografía.—Vista general de Maracaibo, de fotografía.—San Juan de Dios y Hospital de Chiquinquira: Maracaibo, de fotografías.—Un recuerdo cariñoso, por Robert Beyschlag.—Parque y Comandancia de Armas de Caracas, de fotografías.



ESTACIÓN DE "LAS MOSTAZAS." — Gran Ferrocarril de Venezuela
(De fotografía de Lessmann)

NUESTROS GRABADOS

Pbro. José Ramón Rodríguez

Ha poco tiempo que falleció en Los Teques este sacerdote, dejando en orfandad moral á los habitantes católicos de aquella localidad, que veían en él á un padre espiritual y al poseedor de bellas virtudes. Para más detalles, véase lo que en otro lugar del periódico escribe nuestro aplaudido poeta Domingo Garbán.

Antigua iglesia de San Jacinto

Reproducimos hoy en grabado este antiguo templo que ocupaba el lugar que hoy la Plaza Guzmán, porque es bueno que en El Cojo consten aquellos edificios y costumbres del Caracas viejo; de aquel Caracas de los pan de hornitos del Guaire que aún recuerda la pasada generación con lágrimas y cariño de gratitud; de aquella Caracas sin lujo y sin vicios en que por sayas de seda y *peluche* vestían nuestras señoritas trajes de zaraza y cotónia, y calzaban borceguíes de rufo cordobán. ¿Cuál de las dos Caracas es mejor? Para los que pensamos por cuenta del Siglo XX y nos inclinamos á la práctica de los siete pecados capitales, ya se ve que ha de agradarnos mucho más la Caracas del extracto de Chipre, del nervosismo, y de las novelas de Zola!

La Madona de la Capilla Sixtina

Como grabado con fuego de admiración, conserva nuestro cerebro vívido, refulgente, el recuerdo de la visita que hicimos en la Capilla Sixtina á las *Loggie* de Rafael de Urbino. De aquel universo de pinturas en que trató el amante de la *Fornarina* todo humano y divino asunto, nos entusiasmó por cima de todo su *Transfiguración* aún no concluido, lienzo que no por contener como el que más el elemento genuinamente cristiano, deja por ello de ser un cuadro *naturalista*, si no es gran falta de anacronismo calificar con término tal, una obra del siglo XVI.

Otro de los trabajos más ponderados de aquel hombre de genio, es el que hoy reproducimos, y ante el cual ha de sentir todo el que le vea, ese plácido bienestar que proporciona aquel conjunto de suaves líneas y la armoniosa combinación de formas y colores que dominan en la magistral creación.

Estación de Las Mostazas

La mayor parte de nuestros lectores conocerán de seguro este bello sitio de la línea del *Gran Ferrocarril de Venezuela*, pues la cortesía y gentileza de sus directores, señores Plock y Schiricke, han repetido con frecuencia los obsequios de inauguraciones parciales de su grande obra, y cuéntanse por miles las personas que ya han recorrido el trayecto terminado.

Ninguna de las obras del mismo linaje que poseemos, puede ostentar número tan crecido de vistas así pintorescas como grandiosas, y día de verdadero encanto es aquel en que podemos admirar en los fastuosos trenes de la compañía de paisajes sin rival que presentan nuestras montañas y nuestra vegetación tropical.

Aprovechamos esta oportunidad para felicitar con entusiasmo á los directores del Gran Ferrocarril de Venezuela, quienes por su competencia y contracción en pró del progreso venezolano merecen bien de la Patria.

Muelle de Puerto Cabello

Progresá á pasos rápidos el segundo puerto de la República, y sus muelles prometen reunir en lo futuro todas las buenas condiciones que de requerirse son en obras como esas. Todo se deberá, ó en su mayor parte, á la inteligencia del actual director encargado de la obra nuestro talentoso ingeniero el joven señor Muñoz Tébar, quien se ocupa actualmente en reemplazar el maderamen y estacaje antiguo por grandes bloques de concreto. Felicitemos por tal obra al comercio de Puerto Cabello.

Aduana de Puerto Cabello

Dejemos á un lado el aplaudir el bello edificio de esta Aduana, para manifestar al público cuánto es el celo de sus empleados en el desempeño de sus delicadas funciones, y cuánto la cortesía y fino trato que despliegan los oficinistas con todas aquellas personas que de algún modo tienen que tratar en la Aduana los asuntos de competencia oficial.

Vistas de Maracaibo

Seguimos publicando de la pintoresca ciudad de Mara las vistas de mayor importancia; tocando hoy su turno á la iglesia de San Juan de Dios, al hospital de Chiquinquira y á una vista general de la poética ciudad del Lago.

Tres cementerios

Habíamos al fin de ocuparnos en cosas lúgubres. Caracas, Valencia y Puerto Cabello, ó más bien la casa de sus muertos tienen hoy puesto preferente en nuestras columnas. Son los cementerios casas de descanso eterno para los que ya vivimos aunque escasos de años, llenos de desengaños y rebosantes de desprecio por las villanías del prójimo y sus porridas concuencias. Son los cementerios propiedad universal, y es en ellos que se ven realizadas las utopías socialistas, pues el reparto de la propiedad es justo y equitativo para todos (á excepción por supuesto de los avaros

tumulares); y las horas de trabajo (de descomposición y aniquilamiento) tienen por medida toda la eternidad.

No conocemos la estadística de los cementerios de Valencia y Puerto Cabello, pero sí la del de Caracas: el número de personas soñadoras que allí descansan, es poco más ó menos el mismo número de las que van contra el Decálogo en las calles de la capital. Ojalá que pudiésemos trocar todas éstas por aquéllas, que las últimas han de haberse corregido ya.

Parque y Comandancia de Armas de Caracas

Sólo á título de documento publicamos esta vista, pues únicamente habríamos de ensalzarla en caso de que ocupara el edificio un lugar más lejano del centro de la población. Es un temor constante el que padecen los vecinos, y muy antihigiénico el foco de infección que produce la cloaca mal construida del cuartel, y por lo que se quejan de continuo los moradores de ese barrio.

Teresa Carreño

El director de esta Revista, al publicar el retrato de TERESA CARREÑO y el bello artículo del Dr. Arrieta que á la grande artista se refiere, cumple con ello un doble deber de gratitud y admiración. Que no ha podido olvidar quien esto escribe, que la egregia artista supo descender de su trono de gloria hasta convertirse en maestra generosa de quien no tuvo más título para recibir tan inapreciable merced, que su sincero entusiasmo por los eximios talentos de la incomparable pianista.

Y no encuentra el autor de estas líneas otra manera de pagar en parte la sagrada deuda, que el aprovechar la nueva de los últimos triunfos alcanzados por la ilustre venezolana, para enviarle por medio de las humildes columnas de EL COJO ILUSTRADO, un cariñoso recuerdo, si muy modesto en el hecho, sincero y grande en la intención.

Además, hacía notable falta que en la galería de EL COJO ILUSTRADO figurase la que por cima de todas las demás lleva por su bello número la más lozana palma en la divina esfera del arte musical.

Podríamos hoy copiar lo que en época no lejana dijimos acerca de los méritos y excelencias de TERESA CARREÑO, ó traducir algunos párrafos de los principales periódicos europeos que, al dar cuenta de las últimas victorias de la artista, extremen las frases de elogio y admiración; mas hemos de limitarnos en esta sección de la Revista, y sólo anotaremos que *El Monthly Musical Record*, órgano muy autorizado de Londres, le da los calificativos de *female Liszt*, *female Rubinstein*; que el célebre profesor Mathews en el periódico musical que dirige, además de ensalzarla sin tregua, la cita siempre como modelo digno de imitarse; y *Ferdinand Pfohl*, célebre crítico alemán, después de concederle puesto de preeminencia entre las grandes pianistas del día, termina su estudio así:

"Heroína como Sofía Meuter, casi una personalidad cesárea, posee TERESA CARREÑO una maestría y *bravura* que no tienen semejantes. Su manera de tocar es siempre maravillosamente grande, haciendo á veces sentir al público algo así como el viento de tempestad atravesando la espesura de los bosques, sin obstáculo que le detenga, ni valle que no rompa. . . . Es Hércules del piano y como individualidad artística merece respeto ilimitado."

Y luego, dirigiéndose á los pianistas de que acaba de ocuparse en el mismo artículo, y que se llaman D'Albert, Paderewsky, Friedheim y Rosenzhal, exclama el crítico para finalizar su escrito:

¡Caballeros del arte, descubridlos ante el verdadero genio!!

Sírvase aceptar TERESA CARREÑO el ínfimo obsequio que hoy la hacemos, segura de que nuestro corazón sabe guardar por ella muy gratos é imborrables recuerdos, y nuestro espíritu vive agradecido de sus consejos, porque fueron ellos los que abrieron á nuestra inteligencia horizontes infinitos, y hasta entonces para nosotros ignorados.

Recuerdos de amor

Nuestro amigo el señor Carlos Engelke se ha servido facilitarnos su preciosa colección de grabados, los cuales iremos reproduciendo, y de los que es muestra muy notable el que publicamos hoy. Gracias al amigo Engelke por el obsequio.

La Bolsa de Hamburgo

Aunque bello exteriormente este edificio, no es comparable su fachada á las riquezas que contiene su interior. Cuando lo visitamos, nos quedamos sorprendidos de sus riquezas y tuvimos que admirarlas aún á despecho de nuestra repulsión innata por la andante mercachiflería. Pero la trocaríamos toda ella por el dedo meñique de uno de esos caballerosos comerciantes de Hamburgo, quienes, fuera de sus almacenes, son camaradas llenos de gentileza y bondad para los viajeros que visitan el Alter.

EL COMBATE DE TRAFALGAR

A principios de 1805 todos los esfuerzos de Napoleón se dirigían contra Inglaterra. En las costas del Canal de la Mancha habíanse reunido cerca de mil barcas destinadas á transportar 160.000 hombres para desembarcarlos en las playas de la Gran Bretaña.

Pero esta expedición no podía llevarla á cabo con probable éxito sin la cooperación de una escuadra poderosa: era indispensable expulsar del Canal las escuadras enemigas y reunir en cambio todas las fuerzas marítimas de Francia y España. La marina de Napoleón junta con la de Carlos IV, de la que disponía como propia, presentaba una fuerza de 80 navíos de línea y no menor número de fragatas y otros barcos más ligeros que se hallaban esparcidos en diferentes puntos del Océano y del Mediterráneo.

Todas esas fuerzas, divididas formando escuadras, recibieron la orden de diseminarse por el mar, yendo á devastar las Antillas Inglesas, después de lo cual debían encontrarse en Europa, en donde, reunidas formando una sola escuadra, caerían sobre el Canal y se harían dueños de él, mientras se efectuase el gran desembarco en las costas del Reino Unido.

Pasamos por alto las inútiles tentativas que procuró realizar el Gran Capitán para llevar á cabo su plan, y entramos de lleno á hacer la relación del combate naval más horroroso que ha presenciado nuestro siglo y cuyo recuerdo se perderá solamente con la memoria del tiempo.

El mando general de las fuerzas navales lo había dado Napoleón á Villeneuve, hombre de grandes dotes como capitán de navío, pero de escasísimas facultades como almirante.

Las fuerzas inglesas eran mandadas por Nelson, genio de primer orden cuya práctica hizo en el mar una gran revolución.

En enero de 1805 Villeneuve se encontraba en Tolón, y Nelson en Malta.

Nelson busca á su enemigo por las costas de Italia, de Africa y Egipto, y al fin llega á su conocimiento que Villeneuve había pasado el Estrecho y que había aumentado su escuadra en Cádiz.

La escuadra inglesa se dirige á Lisboa y le avisan que la escuadra aliada había rumbo á América, y entonces la sigue.

Villeneuve, que, en efecto, amenazaba las Antillas Inglesas, sabe la llegada de su enemigo, y, habiendo logrado, conforme á las instrucciones recibidas, separarlo de las costas de Europa, se dirige otra vez al Estrecho.

Después de alguna escaramuza que tuvo que sostener con el almirante inglés Calder, hizo rumbo la escuadra aliada á Cádiz, á donde llegó el día 20 del mismo mes.

Cerca de dos meses permaneció Villeneuve en una inacción incomprensible.

Entretanto los ingleses aumentaban sus fuerzas.

El día 29 de setiembre se presentó Nelson delante de Cádiz con una escuadra compuesta de 27 navíos.

La aliada constaba de 18 navíos franceses y 15 españoles, de los cuales, 12 habían sido puestos hacía muy poco tiempo en estado de poderse hacer á la mar, por D. Juan Ruiz de Apodaca, comandante general del Arsenal de Cádiz.

Ignorando Villeneuve que fuese tan numerosa la escuadra inglesa, salió contra ella el 19 de octubre. El día 21 se encontró sobre el cabo Trafalgar, esperando allí la escuadra enemiga.

Hasta entonces la única orden de batalla conocida consistía en formar una línea más ó menos dilatada, según el número de los combatientes, y, acercándose así á la línea contraria, bombardearse hasta quedar unos ú otros victoriosos.

Si el viento ó alguna mala maniobra hicieran que algún barco perdiera la línea de formación y cayese en la línea enemiga, ya podía darse por perdido.

Así el navío *Firme* y el *San Rafael* habían caído en poder de los ingleses durante el combate de 22 de julio.

Si una de las escuadras tenía que retirarse por efecto de las averías, los barcos menos veleros quedaban resguardados y se consideraban también perdidos irremisiblemente.

La táctica naval aún no había salido de su infancia.

Cada barco tenía enfrente á su enemigo combatiéndole con más ó menos dureza ó fortuna.

Villeneuve, que cría que Nelson no había de cambiar la sabida estratagem, se llenó de sorpresa al ver las primeras maniobras de la escuadra inglesa.

En efecto, la escuadra inglesa adelantaba formando también una línea cual centro ocupaba el navío *Victory*, que montaba Nelson.

Al poco rato este navío tomaba la delantera sobre los demás. Los navíos que formaban en sus dos lados, lo siguieron, dando cada uno de ellos principio á dos ó tres líneas, formando el *Victory* la punta de un ángulo y trazando pronto las fuerzas inglesas un inmenso triángulo abierto en su base.

Villeneuve no podía dar crédito á sus ojos, y por un momento creyó que las alas enemigas volverían á unirse para tomar el orden de batalla conocido y único que consideraba conveniente; pero entonces se abrió por la punta aquel triángulo, formándose dos líneas verticales, las cuales acometieron el centro de la línea de la escuadra combinada, dividiéndola en dos partes.

Los navíos ingleses formaron dos círculos, compuestos el uno de doce buques que bombardeaban á seis de los aliados, y el otro de quince contra siete.

De manera que diez navíos del lado izquierdo y diez de la derecha de la escuadra franco-española quedaron fuera de acción, sin saber sus capitanes lo que debían de hacer.

Muchos actos de heroísmo tuvieron lugar en este desigual combate.

El *Bucanturo*, navío francés mandado por Villeneuve; el *Temible*, también francés, mandado por el comandante Lucas; el *Santísima Trinidad*, español, de 150 cañones, mandado por Cisneros; el *San Juan Nepomuceno*, por Churrua; y el *San Ildefonso*; fueron los que se distinguieron en esta jornada de muerte y de destrucción.

Cada uno de ellos tuvo que luchar con fuerzas triplicadas.

El *Santísima Trinidad* luchó con cuatro navíos ingleses entre ellos el *Bretaña* y el *Príncipe de Gales*, echando dos de ellos á pique.

El *Príncipe de Asturias* se deshizo de tres navíos, causándoles muchos estragos.

En el puente del *San Juan Nepomuceno* murieron 154 hombres, fueron heridos 240, y golpeados cerca de ciento. Este navío se defendió heroicamente de seis navíos contrarios hasta que su comandante dió el último suspiro.

El vicealmirante francés Dumanoir dió la primera señal de huir del combate, abandonando la batalla con cuatro navíos franceses.

En el mismo instante en que el navío francés se rendía, una bala del *Santísima Trinidad* hería mortalmente á Nelson, que cayó sobre el puente del *Victory* en el instante de conseguir la más grande victoria.

Gravina procuró salvar el resto de la escuadra española entrando junto con algún navío francés en el puerto de Cádiz.

Los franceses poco se recordaron del descalabro: los mejores capitanes que murieron eran españoles, y las victorias conseguidas en los campos de Austerlitz y Alemania borraron todo el recuerdo del horroroso combate de Trafalgar en la memoria de Francia.

JUAN GUAU Y DURÁN.

PRO. JOSÉ RAMON RODRIGUEZ

Tras larga y penosa enfermedad, soportada con cristiana resignación, se durmió en el seno de los justos el día primero de los corrientes, en el vecino pueblo de Los Teques, este ejemplar sacerdote cuyo apostolado fué de caridad y sacrificio.

Nació en el pueblo de San Mateo del Estado Miranda, hizo sus estudios en el Seminario Conciliar de Santa Rosa de esta ciudad, y recibió las órdenes sagradas del nunca bien sentido Monseñor Guevara y Lira. Sirvió dos años de auxiliar en la parroquia de San Pablo, y luego fué nombrado Cura y Vicario de Los Teques, destino que sirvió durante treinta y seis años con ejemplar celo y perseverancia evangélica.

Nada arredraba al padre Rodríguez en el cumplimiento de sus deberes. Su casa estaba abierta de noche y día para los transeúntes que no encontraban hospedaje; y hallaban en él los necesitados pan para el cuerpo y para el espíritu al mismo tiempo. Muchas veces se le vió, en la choza del pobre aplicando los medicamentos que ordenaba el facultativo llevado por él á estos tugurios de la miseria.

Mucho le debe la Iglesia parroquial, pues en su fábrica invirtió cuanto tuvo; mucho le



PERO. JOSÉ RAMÓN RODRÍGUEZ

deben todos los pueblos de los altos de Caracas que hoy lloran su muerte, los que agradecidos han satisfecho en parte su deuda, tributándole pomposos honores fúnebres.

Apenas sabida tan fatal noticia, ocurrieron los feligreses de toda la comarca para ofrecer cada uno el filial tributo de carifio á su memoria, habiendo hecho los gastos de su entierro personas de aquella localidad, cuya modestia temo lastimar indicando sus nombres.

El cadáver, embalsamado convenientemente por un notable y caritativo médico de aquel lugar y que hizo donación de sus honorarios, fué expuesto públicamente, cubierto de blancas coronas, ofrendadas por sus amigos durante cinco días, celebrándose en el último, misa de cuerpo presente y demás oficios prescriptos por la Iglesia.

Pronunció el elogio fúnebre el Pbro. Doctor R. Esculpi, quien se mostró á la altura de su encargo.

Era de estatura regular, de color blanco, rostro ovalado, nariz perfilada, ojos negros y redondos, abundantes de luz, pelo negro y crespo, algo canoso por la nieve de los 63 años. Por su carácter sumamente apacible y por aquellas dotes sobresalientes de caridad, de pobreza y humildad que distinguieron al virtuosísimo levita, será venerada y perdurable su memoria.

D. G.

EDAD MEDIA

Llévame, pensamiento, á aquellos días
De torneos y músicas y flores,
A esa edad del valor y los amores
Y de las citas en las noches frías.

• Traspórtame á esos tiempos de alegrías,
De empresas y de sueños tentadores,
Cuando iban á cantar los trovadores
Al pié de las talladas celosías.

Quiero ver á la hermosa castellana
De codos en la reja, cuando flota
Su pensamiento en la extensión lejana,

Mientras llega al castillo el caballero
Con su penacho azul, su recia cota,
Y en sangre tinto el toledano acero.

ISMAEL ENRIQUE ARCINIEGAS.

MI DESPERTADOR

En el modesto hogar donde mi vida
Lenta transcurre en calma bienhechora;
Y todo á castos goces me convida,
Y hallo en las sombras claridad de aurora;

Donde en medio de arrobos celestiales
Mundos de amor y venturanza miro,
Y está lleno de aromas virginales
El ambiente de paz en que respiro;

Donde *ella*, mi amorosa compañera,
Encarnación de todos mis amores,
Brindando albergue á mi ilusión primera,
La bañó en luz y la vistió de flores;

Fruto de nuestro amor inmaculado,
Crece en aquel hogar, libre de enojos,
Un ángel de semblante sonrosado,
Negros cabellos y risueños ojos.

Con su lengua infantil sólo balbuce
Frasas que son efluvios de inocencia;
Que únicamente el padre las traduce
Aun más por el amor que por la ciencia.

Ya cuando el Sol agonizante dora
El lomo azul de la apartada sierra,
Y sedienta de calma bienhechora
Se envuelve en manto de sopor la tierra,

Yo también fatigado y afanoso
Llego á buscar bajo mi humilde techo,
Para mi cuerpo plácido reposo
Y atmósfera de amor para mi pecho.

Y cuando apenas el umbral traspaso,
Con el rostro radiante de alegría,
Alberto sale á detenerme el paso
Y prorrumpe en gozosa gritería.

Y de él en pos risueña y amorosa,
El pecho rebozando de ternura,
Idolo de mi hogar, llega mi esposa
El cuadro á completar de mi ventura.

A la apacible estancia que ilumina,
Vacilante quinqué, de luz escaso,
En grupo alegre, que al amor fascina,
Encaminamos á la vez el paso.

Alberto, á quien el juego es un asunto
Que todos los sentidos le enajena,
Con aspecto triunfal se instala al punto
Ante una cesta de juguetes llena.

Y aquí yo afirmo, sin temor de engaño,
Que ningún almacén tiene, por cierto,
Surtido más diverso y más extraño
De tanto chisme, como tiene Alberto.

Y da principio á su retozo el niño;
Y ante él bien que su dicha nos procura,
Seguimos con los ojos del carifio
Tanta infantil y alegre travesura.

En el suelo, después de rudo embate
Quedan, de lo que él llama *mis corotos*,
Dispersos, como en campo de combate,
Carros sin ruedas y muñecos rotos.

Tanta movilidad al fin le obliga
A declararse, á su pesar, inermes,
Y rendido de sueño y de fatiga
En el regazo maternal se duerme.

Y ya cuando la aurora en el Oriente
Su túnica de luz tiende y agita,
Alberto, bullicioso y sonriente,
"Papá, papá," desde su cuna grita.

ALIRIO DÍAZ GUERRA.

RECUERDOS DE VENEZUELA

1.º

D. A. ARRIETA

TERESA CARREÑO

Cuando la aurora de la Independencia rayó
en el cielo de Venezuela, el genio artístico nacional sacudió sus alas, á la manera de las aves en llegando al día.

Abiertas á las naves y á las ideas de la civilización universal las puertas de la joven nacionalidad, los nuevos horizontes convidaban con irresistibles seducciones.

Bello fué el primero en levantar el vuelo. Salvó el lindero nativo, dejó atrás el Atlántico, y fué á posarse en las lejanas regiones

"Do la paloma cándida de Arauco
En las australes ondas moja el ala."

De entonces á hoy, muchos poetas, músicos, pintores, han dejado la patria venezolana.

Unos se van, como Bello, heridos por las rivalidades y rencillas lugareñas, otros arrojados por las tormentas políticas: algunos terminan en países extranjeros sus estudios y se quedan, y muchos abandonan el país obedeciendo á secretos reclamos de la gloria.

Baralt y García de Quevedo se dirigieron á la Madre España: Pérez Bonalde, á la patria de Longfellow: Tovar y Tovar y Gutiérrez Coll, á París, metrópoli del mundo intelectual. Sánchez Pesquera, Arturo y Fernando Michelena, Gil Fortoul, Conchita Micolao, son ya de las nuevas bandadas.

De esos interesantes viajeros algunos regresan, otras van y vienen, muchos no vuelven más. Pero forman todos una legión luminosa, dispersa y errante, que va publicando por el mundo las glorias de Venezuela.

TERESA CARREÑO se fué á Norte América.

Prodigiosa precocidad la suya, pues como Meyerber era pianista distinguida á los nueve años: edad en que Chopin comenzaba apenas sus estudios, y Rossini aprendía á leer y á escribir.

Hizo su aparición para el mundo del arte ante Gotschalk en New York, y la admiración de Gotschalk le ungió cariñosamente las diminutas manos.

En medio del entusiasmo producido por sus primeros conciertos, nadie pensaba todavía en ofrecerle flores: le daban frutas y juguetes como á Haydn. le daban besos como á Mozart niño.

Y desde entonces ha atraído muchas veces alrededor de su piano á la gran nación americana, en series de triunfos más numerosos que combates dieron los ejércitos de Washington en la lucha por la independencia.

Emprende periódicamente desde New York viajes artísticos por las ciudades más populosas del viejo y del nuevo mundo, deja por donde quiera, con la admiración que despierta, su nombre, sus obras, millares de autógrafos y retratos, y regresa siempre; conquistadora de las almas! cargada con opulento botín de presentes y laureles.

En uno de esos viajes, niña todavía, encuéntrala su compatriota el poeta venezolano Cristóbal Mendoza, lanzado á las Antillas por los odios políticos de su país, y al verla saluda así en ella al genio de la artista y á la imagen de la Patria:

*Hada infantil de nacarados dedos,
Soberana del canto y la armonía,
Lustre y corona de la patria mía,
Dulce visión de mi perdido Eden.*

Para este tiempo, el eminente cubano Bachiller y Morales la cantaba así:

*Imagen de la inocencia,
Reina y niña, artista y ángel,
Teresa es la mayor gloria
De la tierra de los Andes . . .*

Efectivamente, maravillábanse todos de ver aquella niña interpretando con asombrosa exactitud en el piano todas las grandes pasiones, cuando su corazón aún no había sentido el primer sobresalto de amor.

Milton, ciego, describiendo la Naturaleza, y Beethoven, sordo, oyendo las grandes armonías de la creación, fueron admirables.

Pero TERESA, expresando á los nueve años,

con notas y lágrimas á un tiempo mismo, la punzadora inquietud de los celos, la hiel de los desengaños, el éxtasis ó el delirio divino del amor correspondido, es sublime.

El poeta inglés y el compositor alemán eran espíritus ya enriquecidos por la experiencia de la vida: de antemano habían recogido en inagotable tesoro los elementos de sus creaciones.

Teresa no había sumergido su espíritu, ni siquiera humedecido sus labios en "el hondo raudal humano": expresaba lo desconocido: traducía emociones aún no sentidas por ella.

Quién enseñó á esta niña, en la edad de las muñecas, el lenguaje de lo ignorado?

Descendiente de una familia de artistas, ya ella trala al mundo la inspiración por herencia. Al nacer, el genio de la música le besó la frente.



TERESA CARREÑO

Regresó á Caracas en 1886, después de 25 años de ausencia, precedida de su fama universal.

Llenáronse las calles de anuncios encomiásticos, distribuyóse su retrato en los paseos públicos, narraron los periódicos las ovaciones que marcaban sus pasos por Europa y América; y á su llegada á Caracas, en la estación de la línea férrea cuarenta jóvenes de los más distinguidos de esta sociedad le presentaron una espléndida corona, en homenaje del arte patrio á las glorias de la artista.

A la sazón residía yo en uno de los pueblos vecinos, convalesciente de una larga enfermedad. No pude asistir á sus primeros conciertos.

Peró anunciado el último, no quise esperar á que el astro saliese del horizonte de Caracas sin que yo hubiese admirado su luz.

El teatro estaba colmado: la escogida concurrencia aguardaba impaciente la hora.

Teresa apareció. Vestía con suntuosa y correcta sencillez.

El porte distinguido: el ademán natural, de-

sembarazado, fácil y seguro, como de quien tiene, con la conciencia de la superioridad artística el hábito de los salones en el gran mundo.

Había pasado de los treinta años sin alcanzar todavía á los treinta y cinco: la edad en que, por el completo desenvolvimiento de las facultades intelectuales, el cultivo del arte de agradar y el conocimiento de la vida moral, la belleza de la mujer alcanza su más característica expresión y despide su más seductivo fulgor.

Sin collar y sin zarcillos, descubiertos los brazos, pecho y espalda por la escotadura del vestido, el blanco desnudo busto salía tentador y victorioso de entre las líneas negras del jubón de seda.

Ya no tenían sus mejillas,—es claro,—la frescura de la primera juventud. Pero á la pelusilla azulosa de durazno tierno que cubre las facciones de la mujer adolescente, habían reemplazado en sus formas el tono brillante y la voluptuosa morbilidad de la fruta de la belleza que ha sazonado para el amor el sol de los 30 años.

Sentóse al piano, y, al poner sus manos sobre el teclado, uno como largo estremecimiento eléctrico corrió desde el sonoro instrumento hasta los palcos.

—Esta es la gran fantasía de... intentó informarme el amigo que estaba á mi lado.

—No me anticipe explicación alguna, le interrumpí: quiero que mis impresiones me lo digan todo.

Y arrellanándome en mi butaca cerré los ojos, para que la vista de la mujer no me robase la atención debida á la artista.

Brotó entonces de los dedos de Teresa, en copiosos raudales, una armonía brillante, apasionada y poderosa, como si hubiese la pianista querido dar una reproducción onomatopéyica de las salvas de nutridos y calurosos aplausos con que el público la había saludado al aparecer.

Tras de aquella especie de overtura ejecutó una fantasía alemana, melancólica y vaga, como ensueños de poeta desgraciado.

Era como una serie de romanzas ó pequeños poemas musicales, asociados y enlazados por una común inspiración de dolor: llenos unos de ritmos inquietos y rápidos semejantes á vuelo y piar de aves en torno al nido amenazado: otras de frases triunfantes súbitamente interrumpidas en reticencias de notas débiles y temerosas: otras de apagados murmullos, en medio de las cuales sobresalen acentos como de voces que hablan á lo lejos en la soledad.

Sentí una impresión extraña, dolorosa y grata á un tiempo mismo, y quedé bajo una dulce y triste soñolencia del espíritu, de

esas en cuya penumbra se quejan los recuerdos de una dicha que pasó.....

Terminada la primera parte del programa, salí del teatro. Así me lo había ordenado el médico.

Y me dormí muy tarde, pensando en esa bella americana, como la llama Montalvo en uno de sus *Siete Tratados*.

Hoy, al escribir estos recuerdos, Teresa anda por los países Escandinavos.

Los ecos de las aclamaciones que la preceden y siguen llegan á Venezuela, que las recoge y repite, enorgullecida de su mayor gloria musical, que es al propio tiempo una de las más brillantes del siglo.

Digamos de ella lo que Peza de Castelar:

"Y tienes ya más lauros en la frente
Que palmas un vergel americano."

—G.C.—



LA MADONA DE LA CAPILLA SIXTINA, de Rafael de Urbino

A LA SEÑORA

BENIGNA FOMBONA PALACIO DE ZÉREGA

REMINSISCENCIA

No es, nó, que la suerte arrebatara de tu lado, por cruel antojo, á la que vivió identificada á tu sér, más que por los fueros de la sangre, por el íntimo parentesco de las almas. . . No lo creas!

Suele la criatura al apurar el cáliz del dolor, en presencia de una tumba que se abre, atribuir los estragos de la muerte al capricho de una Deidad misteriosa, sin parar mientes en que acaso todas las cosas de la tierra lleven impreso el sello de una dirección Suprema; y lo que aparece un quebrantamiento de la ley natural, una como arbitrariedad de lo Alto, no sea sino el cumplimiento de un hecho que se realiza en el espacio y en el tiempo, para entrar en la corriente de los infinitos que se suceden en el rapidísimo transcurso de los años en la más estrecha relación con el misterioso plan de la existencia.

Todo en él, á la luz de la filosofía, parece obedecer á una ley que se cumple. . . ¿Es la tierra la residencia de los ángeles? . . . ¡Ah! . . . Lugar apenas de peregrinación, el ángel rompe su vestidura y levanta el vuelo hacia la región de sus iguales.

¿Cumplió la amada criatura su misión sobre la tierra? . . . Que nó, respondemos los ciegos, nosotros, ante el indescifrado enigma. . . Mas, al meditar sobre el hondo arcano, se comprende que nada dejó por hacer:

Ella guardó el culto de la memoria de sus padres en el entrañable amor que les profesó;

Ella te hizo conocer las ternuras de la maternidad antes de haberte regalado el cielo con tan precioso dón, como para que se avivase más en tu pecho la llama del amor de los amores, y fueras más apta para cumplir sus altos fines;

Ella hizo en fin de su corazón el sagrario de los afectos de familia; santificó con sus castos pensamientos el reverenciado hogar, y fué luego á confundirse en el seno de sus padres, cuando vió que ya aliviada de la recrudescencia de tus antiguos pesares, compartías junto con ese otro ángel, la hermanita de su corazón, las sucesivas impresiones de la vida con un renuevo de tu espíritu. . .

¿Preferirías, oh madre! á la inalterable dicha que sonríe hoy á tu Albertina adorada, la instable felicidad de verla aquí junto á tí, no exenta de los dolores de la vida? . . .

No mires á la tierra, mira al cielo. Allí el espíritu se liberta de la monotonía de esta mísera existencia, en que por cada minuto de placer, por cada instante de la más pura satisfacción, como si se efectuase el lento proceso de la depuración de las almas, se cuentan largas, larguísimas horas de amargura! . . .

Consuélate! . . . La preciosa criatura huyó de la tierra para gozar del cielo!

J. R. PACHANO.

Caracas: mayo de 1893.

CUENTO FANTASTICO

I

Erase que se era un rico y avaricioso labriego llamado Pascual, el cual, dominado por la más sordida avaricia, afanábase en amontonar oro y más oro, despellejando con su odiosa usura á los infelices que solicitaban de él algún favor. Recelando de que más ó menos tarde podía ser robado, pasábase las noches en claro vigilando sus arcas, poniéndolas de esta suerte al abrigo de cualquier sorpresa inesperada y que á todo trance se había propuesto evitar.

Un día, después de un largo y detenido paseo por sus campos y dehesas, se persuadió de que no eran suficientes sus continuados afanes para ponerlos en buen estado, sino que le era preciso procurarse un mozo de labranza, sin cuyo auxilio nada podría adelantar. Sin embargo, el gran problema estribaba en dar con el hombre apetecido. Buscarlo en el mismo pueblo era insigne temeridad, pues dada su mala fama, por tentadoras que fuesen las condiciones que ofreciese, ni nadie iba á creer en ella, ni nadie iba á resolverse á ir con él.

Ocurriósele, pues, buscar el deseado mozo en alguna de las granjas vecinas, y, montado en su fiaco rocinante, salió una mañana de mayo en busca del hombre apetecido. Cuando llevaba andadas algunas leguas, echó pie á tierra, y, afianzando el cabestro de su cabalgadura en el barrote

de la ventana de una hostería, presentóse á ella, manifestando sin ambages ni rodeos el motivo que le traía allí.

Oyóle con indiferente desdén el posadero, el cual después de haber permanecido reflexivo y preocupado unos momentos.

—Haré para complaceros,—contestó.

—Os quedaré muy obligado,—afirmó Pascual.

—Precisamente tengo en la hostería un chico atlético, forzado y robusto como el que más: capaz es él de derribar una catedral de un empujón. ¿Os convendría?

—¡Ya lo creo! Y ¿por dónde anda vuestro hombre?

—Por ahí debe andar. ¿Queréis verlo?

—Sin pérdida de tiempo.

—¡Gaspar!—gritó entonces el posadero, presentándose á los pocos instantes un mocetón de colosal figura, medio dormido y desperezándose con gran indolencia.

Pascual le dirigió una mirada escrutadora, preguntándole luego:

—¿Quiéres venirme conmigo?

—¿Dónde?—preguntó el interpeado.

—A mi casa: serás mozo de labranza y cuidarás de todos mis campos y cortijos.

—Según sean las condiciones,—contestó desdofiosamente Gaspar.

—Las que tú quieras.

—Lo que yo quiero es lo que vais á oír. Nada de salario ni de gratificaciones: como primera condición quiero buenos tragos y mejor mesa; como trato indispensable, el que me permitáis tiraros de la nariz al año de haber entrado en vuestra casa.

—¡Insolente!—gritó Pascual lleno de coraje.

Gaspar se encogió de hombros, y con gran cinismo le contestó:

—Si no os conviene buscad á otro, que yo me pasaré sin vos.

Contrariado y dándose á Belcebú, regresó Pascual á su granja, repitiendo al siguiente día su excursión en busca del deseado mozo; pero sus gestiones le resultaron inútiles: al término de ellas sólo daba con Gaspar, inflexible en el programa que de buenas á primeras le había presentado. Al fin, viendo que sus campos andaban de mal en peor y que á falta de braceros tenía que renunciar á mejores cosechas, transigió con aquel atolondrado rústico, resignándose á aceptar sus estrafalarias exigencias.—Un tirón de nariz de manos de ese bárbaro deberá ser cosa horrible,—pensó.—Sin embargo, de aquí á un año ya haré para deshacerme de él.

Gaspar resultó un mozo excelente. Infatigable para los trabajos más rudos, no se daba punto de reposo para cumplir debidamente su obligación. Ni los hielos del invierno, ni los rigores caniculares del verano, ni las fatigas de la trilla y de la recolección, conseguían rendirle ni fatigarle: al contrario, cada día mostrábase más dispuesto á cumplir con sus deberes, cada día descubría Pascual nuevas y meritorias circunstancias en él. Lo que sólo afligía al codicioso labriego era la idea del tremendo tirón de nariz que le esperaba. Con sus manazas de hierro, capaz era de arrancársela á la primera caricia. ¿Cómo evitar tal desastre? ¿Cómo sustraerse á tan dolorosa acción? Pascual reflexionó detenidamente sobre el particular, y, pocos días antes de cumplirse el temido plazo,

—Gaspar,—le dijo una mañana con gran afectuosidad,—es preciso que sin pérdida de tiempo vayas al prado de la Encina y procures reunir un rebaño de carneros que ayer se me dispersó. Cuando los hayas reunido te vienes con ellos y los encieras en el corral.

—Está bien,—contestó Gaspar. Y, sin esperar nueva orden, fuése en busca del rebaño, internándose por lejanos bosques, guardadas de ladrones y gentes de mal vivir.

Llegado que hubo al prado de la Encina, buscó afanoso los dispersos carneros, sin que uno sólo lograra descubrir. Sin embargo, apenas había empezado su ojeo, salióle al paso una manada de lobos que en actitud nada tranquilizadora se extendió en torno de él.

—¡Conque eran éstos los carneros que debía de reunir!—exclamó entre sí Gaspar.—Verás cómo te resulta la chanza.

Y, enarbolando á lo alto su chibata, con tal fiera arremetió contra sus inesperados huéspedes, que en un santiamén los dejó más mansos que inofensivos corderos, consiguiendo reunirlos como un rebaño y marchando en pos de ellos hacia la granja.

Llegado que hubo á ella, encerróles en el corral, presentándose luego tranquilo é indiferente á su amo.

—El ganado está ya en casa,—dijo con gran sequedad.

Pascual abrió desmesuradamente los ojos, fués, hacia el corral, y, al percibir el rumor de los lobos acorralados, un temblor convulsivo le hizo estremecer. Haciendo, sin embargo, un esfuerzo su-

premo, y aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir, con tono placentero,

—Eres un excelente muchacho,—exclamó.—Tu valor me halaga en extremo, bien que te prometo no ponerlo nuevamente á prueba. Mañana á primera hora irás al paseo del Lago y recogerás mi caballo, que ha quedado por aquellos campos en libertad.

—Se hará como deseáis,—contestó Gaspar algo receloso, bien que sin oponer reparo alguno á la orden que se le acababa de comunicar.

Al contrario, apenas amaneció el siguiente día, fués al paseo del Lago, no menos distante de la granja que el campo de la Encina. Como el día anterior, reconoció detenidamente el terreno, sin que encontrara en él caballo alguno. Lo que sí le sorprendió fué un colosal oso blanco, cuya descomunal y abierta boca semejaba la negra garganta de profundo abismo. Ante aquella inesperada aparición, Gaspar vaciló unos momentos; pero, adviniendo que no había tiempo qué perder, echó un lazo á la garganta de la fiera y, sujetándole con briosa fuerza, de un salto montó sobre él, obligándole á encaminarse camino de la granja á fin de encerrarlo junto con la manada de lobos en el corral.

Cuando Pascual vió llegar al joven cabalgando encima de la espantosa fiera, una palidez mortal cubrió su tostado semblante, agitándole convulsivo temblor. Sin embargo, haciendo un esfuerzo superhumano para disimular su emoción, tendió afectuosamente su mano á Gaspar, diciéndole con gran bondad:

—¡Bravo! Cada día estoy más contento de tí. Para darte una prueba de mi confianza, voy á hacerte un tercer y último encargo, menos penoso, pero mucho más delicado de cuantos has llevado á efecto. Al otro lado del bosque, y á lo alto de la montaña Negra, en una pequeña choza, vive un pobre hombre que me adeuda algunos cuartos. Con que mañana te presentes á él, y en mi nombre saldáis la cuenta, acabando de una vez con lo que ya parece cuento de nunca acabar. A precaución puedes llevar un saco para guardar en él los cuartos que te dé.

Gaspar no contestó, pero al otro día, provisto de un gran saco, encaminóse al bosque convenido, dando con una montaña, silenciosa, triste, desierta y sembrada de oscuros abetos. La soledad era tan grande, tan tétrica la perspectiva, que no era posible avanzar por aquellos senderos sin sentirse dominado por un sentimiento de terror. Gaspar se detuvo un instante antes de avanzar, miró por doquier buscando la choza indicada, y, como no descubriese indicio alguno de ella, con su chibata empezó á golpear de recio las rocas de su derredor.

De pronto una voz cavernosa, que parecía partir del corazón de la montaña,

—¡Quién va!—gritó.—¿Quién osa llegar hasta mí, desafiando miserablemente su vida?

—Soy yo,—gritó á su vez Gaspar.—soy Gaspar, el mozo de Pascual, que vengo en su nombre á cobrar el dinero que le debéis á él.

—Yo no debo dinero á nadie,—rugió la misteriosa voz.

Una sospecha terrible cruzó entonces por la mente del joven. ¿Le habría mandado allí su amo para deshacerse de él? Si era así, cara iba á costarle la broma. Con ánimo, pues, de hacer un severo escarmiento, se retiraba Gaspar, cuando un monstruo gigantón le salió á su presencia.

—¿Qué buscas?—le dijo con aspereza.

—Os lo he dicho ya,—contestó Gaspar sin inmutarse; vengo á cobrar unos cuartos que le debéis á Pascual.

—¿Unos cuartos? ¡No son malos los que vas á llevar!—Y, agarrando al chico por los cabellos, levantóle á lo alto con ánimo de despeñarlo desde la altura en que se hallaban. Sin embargo, Gaspar no perdió su serenidad: al encontrarse á la altura del gigante agarróle por el cuello, ciñendo su garganta con sus manos, que parecían tenazas de hierro. Entablóse entonces una lucha terrible y desesperada entre los dos. Después de desesperados esfuerzos, Gaspar consiguió derribar al monstruo, metiéndolo cuidadosamente en el saco, y, cargando con él á cuestas, se encaminó resuelto á la granja.

En tanto, Pascual, subido á la azotea de su casa, con el auxilio de un catalejo iba reconociendo el bosque donde suponía debía hallarse Gaspar.

—¿Qué habría sido de él?—se preguntaba.—Es cierto que le debía grandes favores, pero la deuda pendiente me aterraba. ¡Tirarme de las narices con sus manazas de hierro! ¡Fué ocurrencia la del infeliz!

De pronto apercibióse de Gaspar, que con su saco á cuestas marchaba hacia su casa.

—¡Qué es esto!—murmuró entonces, lleno de terror.—¿Capáz es de traerse el monstruo como se trajó los lobos y el oso! ¡Sería horrible! ¡Quién iba á creer en este muchacho tanta audacia y

valor!—Y temblando, lleno de espanto, arrojóse por la escalera de su casa, escapó por los campos inmediatos, y á fin de sustraerse á las iras de Gaspar y del gigante, abandonó bienes, fortuna, riquezas, cuanto había amado, lo que tantos sacrificios le había costado reunir.

Gaspar, adivinando las astucias de su amo, apresuróse á franquear las puertas del corral á los reclusos animales, desató el saco y devolvió la libertad al gigante; y, asiendo luego la campana de la granja, agitóla con todas sus fuerzas, reuniendo de esta suerte á todos los colonos y tributarios del avaricioso Pascual.

—Compañeros,—les dijo en cuanto les hubo reunido;—Pascual acaba de ser víctima de su codicia: con que bien podéis heredarle, ya que no es fácil que vuelva á aparecer por aquí. Yo renuncio á la parte que podría corresponderme: ofrecí servirle sin percibir un céntimo y cumplo mi palabra. Sed felices y quedad con Dios.

—Quizá sería una buena adquisición si consiguiéramos conquistarle,—añadió Gaspar.

Y, sin decir más, dirigiéronse hacia el chico de la caldera, entablado con él amistosa conversación.

Refiriéndose diversos incidentes de sus respectivas vidas, llegaron junto á una fuente defendida del sol por hermosa arboleda.

—Magnífico sitio para comer,—observó Gaspar.

—Mejor no podíamos encontrarle,—añadió el pescador.

—Vosotros id en tanto por alguna pesca, que yo empezaré á preparar lumbre y cuanto sea necesario para ganar tiempo.

Y así lo hicieron en efecto: fuéronse Gaspar y el pescador en busca de pesca ó caza, quedando el calderero encargado de condimentar lo convenido. Preparó una gran luncha, llenó el puchero en el caño de la fuente, y, apenas hubo echado á hervir, pudo observar que el agua se coloraba de

Refirióles entonces lo que acababa de pasarle, y entre las burlas de sus dos compañeros, le dijo el pescador.

—Es verdaderamente vergonzoso lo que acabas de referirnos. ¡Dejarse sorprender por un pobre enano! Más que increíble, parece inverosímil el caso. Id, pues, los dos en busca de alguna caza: yo prepararé entre tanto la sopa; y si el enanito vuelve, ya haré para propinarle una severa lección.

Marcharon Gaspar y el calderero, quedando el pescador atizando el fuego y preparando la sopa. Apenas el puchero había echado á hervir, probó un sorbo de su maravilloso caldo, diciendo para su capote:

—Exquisito potaje: mejor no le he catado jamás. De su interno soliloquio vino á sacarle un fuerte tirón de ropa que le hizo volver la cabeza.

Entonces vió el enano junto á él.

—¡Con que eres tú, buena pieza!—le dijo.—Vamos á ver: ¿qué quieres?



ENTRADA AL CEMENTERIO DE VALENCIA. — (Venezuela)

Y, sin añadir palabra, el valeroso muchacho partió.

II

Después de haber viajado algunos años, dió un día con una playa muy hermosa y hasta entonces por él ignorada. Surcaba las aguas una gran barcaza tripulada por un solo hombre que al parecer se ocupaba en sondear la profundidad de aquellas aguas.

Ganoso de trabar amistad con él,

—¿Quiéres recogerme á bordo?—gritó Gaspar desde la orilla.

—Quizá te disgustaría el oficio,—contestó el otro.

—¿En qué te ocupas?

—En la pesca de ballena.

—Entonces puedo serte muy útil: yo tengo una fuerza extraordinaria, y para el caso no podía presentásete otro compañero mejor.

—Y ¿dónde has probado estas fuerzas?—preguntó el pescador sonriendo.

Refirióle entonces Gaspar lo que le había ocurrido con Pascual, é, interesado por su relato, apresuróse el del barco á recogerlo á bordo.

Charlando iban amistosamente, cuando llamó su atención una enorme mancha de oro que brillaba al otro lado de la playa. Saltaron á tierra, y con asombro vieron que era una colosal caldera de estaño que llevaba un hombre en la cabeza sin demostrar la menor fatiga.

—¡Hé aquí un muchacho que debe de ser tan forzado como nosotros,—observó el pescador.

rosa al principio y de rojo encendido después. Lleno de curiosidad, llevó una poca á sus labios, encontrándola de un gusto exquisito.

Repitió la prueba; pero, apenas había llevado el agua á sus labios, sintió que le tiraban por detrás. Volvióse súbitamente, y con sorpresa vió que el que le tiraba de la ropa era un pequeño enano, ceñido con una túnica gris, cubierta la cabeza por un gorro azul de dormir, y sombreado el rostro por una barba roja que le llegaba á mitad del pecho.

—¿De dónde sales, chiquitín?—le preguntó riendo el calderero.

—Soy el dueño de esta fuente,—contestó el enano;—y como no tengo quien cuide de mí, quisiera probar la sopa que acabas de preparar.

—Si me prometes no tomar mucha, no tengo inconveniente en ello.

El enano montó sobre una piedra, destapó el puchero, y, después de volcarlo por el suelo con todo lo que contenía, desapareció absorbido por el caño del manantial.

Quedóse el burlado calderero como el que ve visiones, no volviendo de su asombro hasta que Gaspar y el pescador, provistos de abundante pesca, le llamaron á la realidad.

—Bien has aprovechado el tiempo,—le dijeron.—Vamos á ver: ¿dónde está la lumbre y la sopa que nos has ofrecido?

—¡Ah!—respondió el calderero.—Si vosotros supiéseis lo que acaba de ocurrirme, no estaríais menos asombrados que yo.

—Probar la sopa que estás preparando, pues el agua de que te has servido para condimentarla es de mi exclusiva propiedad.

—No es muy persuasivo el argumento; pero, en fin, te serviré una cucharada, que para llenar tu estómago será más que suficiente.

Mas, al disponerse á servírsela, pegó el enano un salto, volcó el puchero, y, como la vez anterior, desapareció por el caño.

Cuando espoleados por el hambre se presentaron sus compañeros, el pescador, entre confuso y corrido, les refirió el apuntado lance. El calderero le oyó riendo á grandes carcajadas. Menos contento Gaspar,

—Esta es mi vez,—les dijo;—marchaos y luego volved. Si no encontráis la sopa cocida, nos merendaremos al enano, que debe tener blanda y sabrosa carnadura.

Apenas le hubieron dejado solo, hizo idénticos preparativos que sus compañeros, presentándosele el enano cuando más ansiaba refir con él:

—¿Qué buscas aquí?—le dijo con mal gesto Gaspar.

—Lo que las otras veces: probar la sopa.

—Mejor dijeras una paliza, porque te la prometo completa si ensayas de nuevo otra tremenda.

El enano miró desdeñosamente á Gaspar, derribó el puchero, y, zambulléndose en el agua del recipiente que recogía la de la fuente, desapareció.

Gaspar se zambulló á su vez: agarróse de la túnica del enano, y, al llegar al fondo del manantial, dieron con una puerta, que el enano abrió, siguiendo siempre Gaspar en pos de él.

Súbitamente penetraron en una galería cuyos muros estaban revestidos de preciosos nácares y corales, cuya magnificencia apenas si consiguió fijar la atención de Gaspar, preocupado sólo en dar caza al atrevido enano, que, disparado como una flecha, corría delante de él. Al fin refugióse detrás de una puerta de bronce, que en vano hizo el forzudo mozo para derribar. Deseoso de propinar al desaparecido una buena lección, regresó á la fuente en busca de sus compañeros; pero éstos habían desaparecido, acaparando con toda la pesca que habían conseguido reunir.

—¡También ellos me han burlado!—se dijo Gaspar.—A su día redimiremos la pendiente deuda. Ahora otra vez á mi obligación.

Previsto de un enorme bloque de piedra descendió de nuevo á la galería de nácares y corales, arrojó violentamente el bloque contra la puerta de bronce, y ésta vino al suelo en un santiamén. El enano, que la defendía con todas sus fuerzas, echó á correr, y Gaspar en pos de él. Atravesaron un inmenso salón de mármol rojo, iluminado con millares de bujías, en cuyo centro se descubría una piscina de mármol rosa llena de agua perfumada. Gaspar apenas si se fijaba en tantas magnificencias, corriendo tras del enano. Pasaron salas y más salas, subieron y bajaron diversas escaleras, hasta que al fin el pequeño monstruo se refugió tras una puerta de oro, que no le costó gran trabajo á su perseguidor derribar.

—Retírate,—le dijo entonces el enano.—Yo te daré la mitad de mis tesoros, pero déjame en paz.

—¡Nó! ¡Mil veces nó!—gritó Gaspar.—Quiero castigar tus burlas y no pretendo más.

—Castigarme es algo más difícil de lo que supones,—repuso el enano saltando al cuello de Gaspar con la fiera de un gato montés. Riñeron entonces desesperadamente, y, rodando por el suelo, entraron en una pieza cuyos muros estaban adornados con caracteres mágicos. En uno de los ángulos levantábase un montón de oro, en otro uno de plata, en el tercero uno de diamantes y piedras preciosas, y en el cuarto veíase á una joven de belleza deslumbradora é imponderable.

Merced á un pequeño huso, hilaba preciosos hilos de oro. Sin embargo, al ver entrar un desconocido en su retiro, dejó caer el ovillo, y el hilo de oro se rompió. Miró entonces con expresión tal de amarga súplica á Gaspar, que éste no necesitó de más para adivinar que aquella encantadora joven era cautiva del terrible enano.

—¡Miserable!—gritó el joven, fuera de sí.—¡Ahora vas á pagar para siempre tus felonías!

Y, agarrando al enano por el pescuezo, arrojóle de rechazo contra los muros de la estancia, privándole instantáneamente de la vida.

La joven se levantó entonces, y, abrazando con expresivos trasportes á Gaspar.

—Gracias,—le dijo.—Voy á deberle más que la vida: te deberé mi libertad.

—¿Quién eres tú?—le preguntó Gaspar.

—Soy la hija del rey del país. Su castillo real se levanta al otro lado del bosque azul. Un día paseé bame con mis doncellas, cuando acertamos á pasar por una fuente próxima á este lugar. Como el agua manaba abundosa y cristalina, nos mirábamos en ella como en terso y transparente cristal. De pronto sentí como si unos brazos de hierro me hubiesen sujetado por la cintura: después perdí el conocimiento: al recobrarme me encontré donde estoy.

—Afortunadamente vuestro cautiverio ha terminado ya. Si me lo permitís os acompañaré al castillo del rey vuestro padre.

—Cuando queráis.

Gaspar y la princesa hicieron gran provisión de oro y piedras preciosas, y cuando ya no les era posible recoger más abandonaron la maravillosa gruta, encaminándose hacia su superficie; pero, á medida que iban andando, las luces de las habitaciones que atravesaban se apagaban, envolviendo la gruta en sombría oscuridad.

Al llegar á la puerta de bronce oyeron el estruendo de un espantoso derrumbamiento: muros de mármol, bóvedas y columnas de las galerías, todo había desaparecido, ocupando su lugar un hermoso parque de tilos, en cuyas ramas, bañadas por el sol, cantaban millares de ruiseñores. Donde pocas horas antes había la misteriosa fuente, encontraron los jóvenes un hermoso jardín tapizado de bellas y fragantes flores. Un arroyuelo de limpia transparencia serpeaba silencioso á su derredor.

Sin parar atención en tan significativos cambios, Gaspar y la princesa encamináronse al castillo del rey. El anciano monarca, que no cesaba de llorar la pérdida de su hija, recibíola con grandes tras-



ENTRADA AL CEMENTERIO DEL SUR. — Caracas (Venezuela)



ENTRADA AL CEMENTERIO DE PUERTO CABELLO. — (Venezuela)

portes de ternura; y, enterado de lo ocurrido, acordó la boda de la heredera de su trono con el intrépido y valeroso Gaspar.

El país celebró con grandes festejos la vuelta de la princesa disponiéndose todo el mundo á celebrar su boda con gran faustuosidad.

El día de los esponsales un palatino anunció á Gaspar que tres extranjeros deseaban hablar con él.

—Que pasen,—dijo el futuro soberano con autoridad.

Dos de los recién llegados eran el pescador y el calderero, que venían á solicitar el favor del compañero que tan cobardemente habían abandonado en el peligro. El otro era Pascual, el que no se contentó con menos que con exponerle á ser devorado por una manada de lobos, un oso blanco ó un gigante salvaje.

—¿Qué queréis?—les preguntó Gaspar.

—Tu favor,—contestaron los tres.

—¿A cambio de qué? ¿De vuestras bellaquerías? Váis á ver.

Y, agarrando al pescador por un brazo, lo arrojó furioso al mar. Tomó luego al calderero y lo levantó hasta sepultarlo dentro de una nube negra. En cuanto á su antiguo amo, á Pascual, le cumplió fielmente lo ofrecido: lo agarró por la nariz y, levantándole á lo alto, lo arrojó á la luna; y allí es fama que mora todavía.

La historia no ha recogido el nombre de Gaspar. Se sabe, sin embargo, que fué un rey justo, ciego, bondadoso y feliz.

BENJAMÍN.

ALUMNO APROVECHADO

En los exámenes verificados recientemente en el Conservatorio, ha merecido el honroso calificativo de sobresaliente en las asignaturas correspondientes al quinto y sexto año de Declamación, el joven venezolano señor Fernández Arcila.

Tenemos entendido que el señor Fernández posee raras aptitudes para sobresalir en la carrera escénica.

Mucho celebraremos que de nuestra Escuela nacional salga un discípulo que la honre allende los mares.

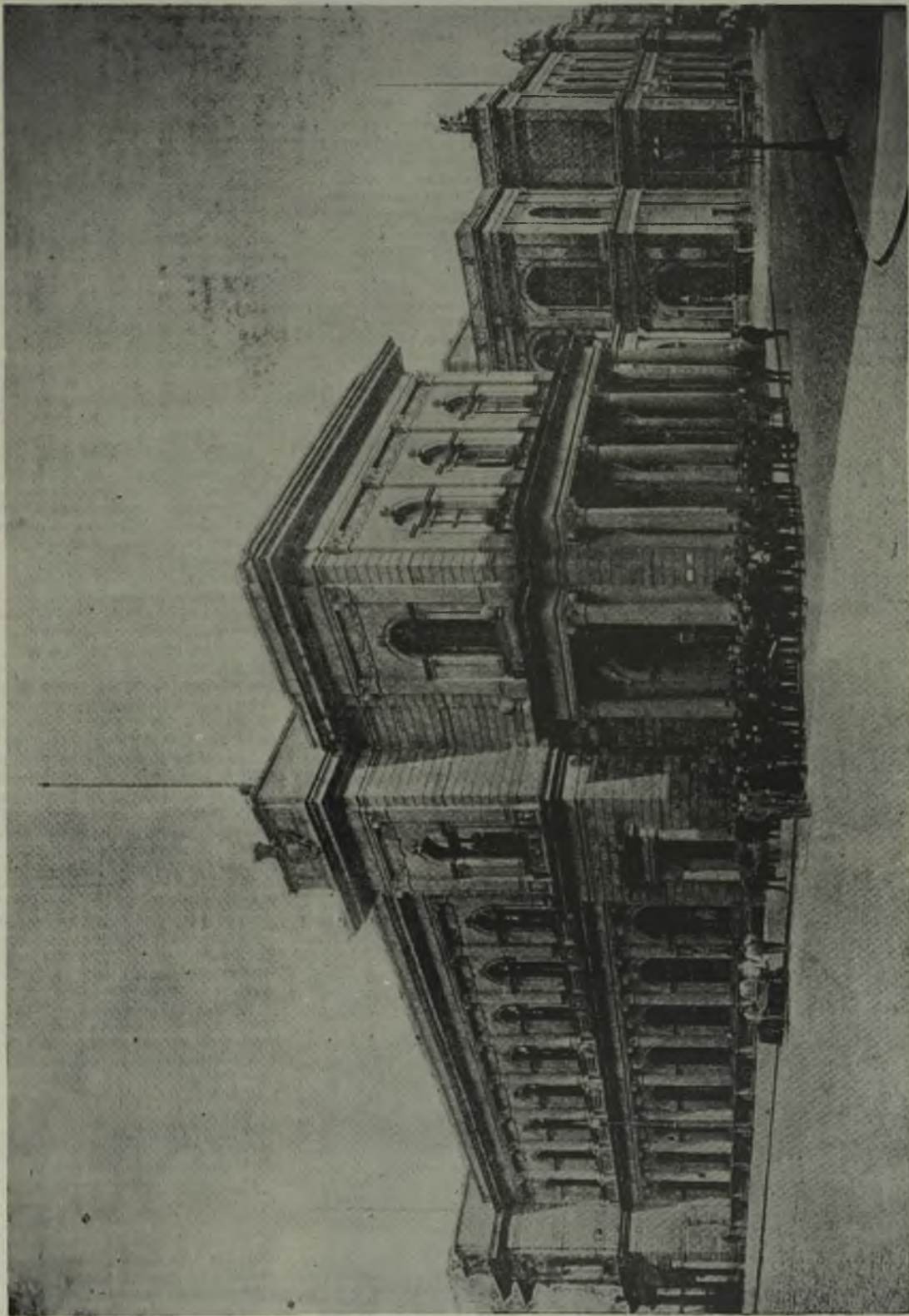
Parece que el señor Fernández Arcila piensa hacer oposiciones al primer premio.

Le auguramos el triunfo.

(El Nuevo Herald, de Madrid, de 28 de mayo de 1893).

PERMANENTE

El COJO ILUSTRADO agradecerá mucho se le remitan para la publicación en este periódico, fotografías de vistas, paisajes, edificios, etc., etc., de Venezuela.



EDIFICIO DE LA BOLSA DE HAMBURGO

LA VIUDA DEL PESCADOR

NOVELA ORIGINAL POR EL DOCTOR ANIBAL DOMINICI

Continuación

—Arriba, *Paloma*! gritaba de tiempo en tiempo Ricardo, arriba, muchachos!.....al aproximarse alguna de aquellas olas inmensas, de las cuales podía considerarse que era imposible escapar.

—Arriba! repetían todos, y luchaban con brío, para levantarse y salir del seno cavado por las ondas, que los tapaban por delante y por detrás, como si no debiesen volver á flotar más sobre las aguas embravecidas.....Qué batallar! qué pena! qué angustia!.....

II

El puerto de donde habían partido en la madrugada Ricardo y sus compañeros, y á donde dirigían su rumbo ahora, era una pobre aldea de pescadores, situada á la falda de una montaña en una bahía de poca extensión, cercada de peñascos y rompientes peligrosos.

Abajo, contiguas á la orilla del mar, se hallaban agrupadas de treinta á cuarenta chozas, habitadas por aquellos incansables trabajadores, que vivían y morían entre las olas, como los pájaros que posaban sobre las aguas, á las cuales unos y otros debían el alimento cotidiano. Un poco más allá había algunas casas de mejor apariencia, que ocupaban los acomodados del pueblo, separadas de las primeras por un pedazo de terreno sin fabricar, cubierto casi todo de cuñes, cardones y otros árboles y plantas silvestres. En lo alto de una planicie que se extendía hasta los cerros inmediatos, estaba la iglesia parroquial: pequeña, humilde, pero limpia, con sus blancas paredes, sus tejas coloradas y su cruz de hierro en el vértice del frontispicio, y al lado el campanario, construido con cuatro palos rústicos y un techo de tablas apenas labradas.

La iglesia arriba, sola, se divisaba en el mar desde muy lejos. Era lo primero que los navegantes veían cuando se acercaban á la costa. Atalaya á la luz del sol, en las sombras fero, como las divinas promesas del Cristianismo!..... Del campanario salía en la mañana y en la tarde, á la hora del crepúsculo que anuncia el principio del día y del crepúsculo que avisa la llegada de la noche, la voz que recordaba al hombre del mar que hay algo más allá de la vida de afanes y miserias, que llevaban en el mundo!

Sin embargo, aquella gente era feliz. La oscuridad la preservaba de las luchas de la tierra; la ignorancia podía servirle de égida contra el odio y las ambiciones de los demás hombres. Allí, en aquel apartado rincón, en aquel nido pegado á las piedras, entre la playa y el monte, no se temían más iras, más amenazas, ni más veleidades que las del océano; tirano omnipotente y caprichoso que unas veces enriquecía á la aldea con sus favores, otras la privaba del sustento diario, y en ocasiones la llenaba de duelo, arrebatándole uno ó varios de sus hijos, pero les dejaba la fe y la libertad á los que quedaban.....

Este día el pueblo se hallaba profundamente conmovido. Desde las 4 de la tarde casi todos los habitantes del lugar, hombres y mujeres, viejos y niños, en número de tres ó cuatrocientas personas, estaban en la playa, á pesar de la lluvia y el viento, que después de mediodía cargaban con furia por distintas direcciones.

Columbrábase como á dos millas de distancia la barca de Ricardo, que aparecía y desaparecía entre las olas en medio de la tormenta. Las otras barcas habían seguido rodando hacia el Oeste, y se ignoraba lo que había sido de ellas.

Aquella masa de espectadores estaba pendiente toda del terrible espectáculo. El mismo pensamiento, el mismo temor, la misma angustia los dominaba á todos: la consideración del espantoso peligro en que se encontraban Ricardo y sus compañeros, particularmente Ricardo, tan querido de todos.

Las mujeres, de rodillas en distintos grupos oraban en alta voz, implorando el divino auxilio de la que es para los habitantes de la costa en las inefables manifestaciones de su sencilla y ardorosa

fe, la MADRE DEL MARINO, la ESTRELLA DEL MAR! Los niños lloraban asustados: los hombres maldicían su impotencia y se mesaban los cabellos con ira.

En efecto, no había allí ningún medio eficaz de salvamento. Todo era menester aguardarlo de la Providencia. El cielo estaba nublado, llovía sin cesar, tronaba, las olas rompían con estrépito en la playa, doce ó quince metros más allá de donde alcanzaba el mayor flujo de la marea; las lanchas que no habían salido á pescar estaban varadas en la arena lejos del embate del mar, y ninguna de ellas era capaz de resistir lo que resistía la *Paloma*, embarcación nueva, ligera y bien construida. Echarlas al agua era condenarlas á perecer, y con ellas los que tuvieran valor para tripularlas.

Muchos de los circunstantes dirigían de tiempo en tiempo las miradas hacia una miserable choza, situada encima de un promontorio de rocas peladas, avanzado en el mar al extremo occidental de la bahía; choza que permanecía cerrada, sin que los que en ella moraban hubiesen dado señales de vida, cuando no había quedado nadie en la aldea que no hubiera corrido á rezar en la iglesia, cuyas campanas tocaban rogativas, ó hubiera acudido á la orilla del mar á compatir la pena por todo sentido ante el peligro de muerte, que conminaba á los infelices, destinados quizás á sucumbir tristemente sin poder ser socorridos en tan doloroso naufragio.

A la puerta de la cabaña se vela una mujer joven, arrodillada, con un niño en los brazos y otro pegado á la falda, que ora tendía desesperada las manos hacia la puerta cerrada, ora las volvía hacia el horizonte en dirección de la combatida nave. El primero de los niños podía tener á lo más diez meses, el otro hasta tres años: ambos lloraban, haciendo coro á la infeliz madre.

Dentro estaba sentada en el suelo otra mujer, que representaba como setenta años de edad; larga, flaca, llena de canas que le caían en greñas por el rostro seco y arrugado; con un vestido negro que el agua salada había desteñido en varias partes, y los pies metidos en unas alpargatas mugrientas.

Esa mujer era Antonia, la madre de Ricardo: la que gemía fuera con ayes que partían el alma era Manuela, su mujer, que venía con sus hijos á llorar con la anciana, y á buscar junto á ella piedad y consuelo en aquel supremo trance. Pero, la vieja no se movía á abrir, aunque resonaran tan cerca de ella el llanto y los clamores de la desgraciada, que durante más de una hora no había cesado de llamarla con súplicas desgarradoras.

La mirada fija hacia abajo, tan impasible como el enorme gato amarillo, solo compañero de su existencia, que dormía acurrucado cerca de ella; Antonia parecía abismada en sus pensamientos, como si su espíritu viajara por fantásticas regiones, extraño á los sucesos de aquella tarde aciaga, en que la tempestad se ensañaba contra quien sabe cuánto y cuántos seres humanos, entre los cuales se contaba Ricardo, el único hijo de aquella mujer singular.

—Antonia! gritaba la pobre suplicante; Antonia! Abreme por el amor de Dios!.....Ricardo va á perecer ahogado.....Abreme, vengo á pedirte perdón.....por última vez perdón!.....Perdón para él, para mí y para sus hijos.....que son tus hijos también!.....

Y la vieja no hacía ningún caso de aquellos gritos y lamentos, repetidos por la centésima vez, con la insistencia de la locura; lamentos y gritos, que penetraban en el interior del rancho por entre las grietas de la pared medio arruinada, al través de las cuales miraba Manuela á la madre de su marido, inmóvil, callada, sorda á toda imprecación, rígida como un cadáver, inexorable como la muerte.....

—Ten misericordia de tu hijo, Antonia, que está luchando con la tempestad.....Guarda todo tu odio para mí.....Aborréceme cuanto quieras; pero ábreme por la Virgen Santísima!.....

Las quejas de la desventurada joven se las llevaba el viento de la borrasca, que azotaba la casucha aquella, como si quisiera arrancarla de sus cimientos, y arrojarla al mar, que rompía sus olas á pocos pasos de distancia, elevando las espumosas chispas hasta el sitio mismo en que la triste esposa del naufrago sollozaba inconsolable con sus hijos.

¿Por qué procedía así esa mujer? ¿Qué motivaba esa conducta horrible, ante la cual se indignaban los que desde la playa veían el llanto y los ademanes de Manuela, y adivinaban la indiferencia con que la despiadada vieja escuchaba los ruegos de su nuera?

Voy á decir, sin quitarle ni ponerle, lo que me contaron á mí.

III

Hacia el año de 1850, esto es, veinte años antes de los sucesos de este día, esa Antonia, que nos parece aquí tan espantosa y tan acabada por la edad, no tenía más que treinta años, y estaba por consiguiente en la plenitud de la vida. Casada con el pescador Pablo Román, que apenas le llevaba cinco ó seis años, era la mujer más feliz, del pueblo, y todos sus paisanos la querían y la respetaban por su bondad, su inteligencia y su carácter franco y animoso.

Era hermosa, honrada, discreta, trabajadora, amaba con delirio á su marido, quien le correspondía con igual pasión. Algunos criticaban que era obstinada en sus resoluciones, y hasta murmuraban que gobernaba á Pablo; pero, la verdad es que tenía mucho juicio en todo, y que Pablo hacía muy bien si se seguía por los consejos de Antonia, cuando ella se lo daba.

Pablo Román era por su parte todo un hombre. Había servido algunas veces como patrón en las flecheras del Gobierno, y como contramaestre en otros barcos de guerra, en todos los cuales había acreditado en más de un lance valor y pericia nada comunes.

Era el pescador más afortunado de aquella costa; vivía con holgura. Trabajaba en una lancha de su propiedad, bien montada, bien tripulada. Posela una buena casa en la aldea y otra en la playa. Gozaba de la más cabal independencia, que es el colmo de la riqueza.

Al segundo año de casado, vino á coronar la ventura de entrambos el nacimiento de un hijo, á quien pusieron el nombre de Ricardo. Esperaban que Dios les daría otros hijos más, así como acrecentaba los beneficios de otro género que derramaba sobre los felices consortes; pero, no fué así, y el niño llegó á los siete años sin un hermanito siquiera, con lo que creció el amor paterno por aquella criatura única, que con su vida llenaba el hogar, y sobre todo el de la madre, más allá de lo que en el mundo parecía posible.

Trataba Pablo á todos sus paisanos como amigos. Servicial, bueno, cumplidor de sus obligaciones, no debía tener malquerientes. Su prosperidad, sin embargo, le suscitaba envidiosos, que son los peores enemigos, porque son siempre solapados. Entre ellos se distinguía Juan Pelaez, pescador también, mancebo de malas costumbres y de inclinaciones más malas aún, quien andaba quejándose siempre de su suerte, cuando de lo que debía quejarse era de sus vicios, causa y origen de sus apuros y desgracias. Trabajaba, pero perdía á los dados y al naípe cuanto adquiría, y luego se embriagaba para olvidar la miseria y la vergüenza que lo acosaban.

Marta, su mujer, una santa mujer, joven, agraciada, paciente, cariñosa con él á toda hora, á pesar de la triste, tristísima vida, que la hacía sufrir, había perdido la esperanza de verlo volver al buen camino, cuando el nacimiento de una hijita, que habían tenido después de algunos años de matrimonio, no había influido absolutamente nada para contenerlo en la marcha desatentada que llevaba, antes bien se encenagaba más y más en el fango, de sus viles pasiones.

El único del pueblo que le imponía algún respeto era Pablo; Pablo que á la vez que lo socorría en sus necesidades, lo reprendía severamente por sus desórdenes, y lo obligaba á trabajar para mantener á su mujer y á su hija. Pelaez correspondía á los servicios de Pablo, denigrándolo y calumniándolo en todas partes.

Antonia sabía el villano proceder de Juan, y la indignaba tanta ingratitud.

—Ese hombre no merece ni el aire que respira, le decía ella á su marido. Es un malvado!.....No lo atiendas, Pablo: no lo socorras más.....

—Juan no es un mal hombre, respondía Pablo: es un desgraciado. Sus vicios son los que lo tienen así.



ANTIGUA IGLESIA DE SAN JACINTO. — (Venezuela)

—Te equivocas. Es tan vicioso, porque es muy perverso. Y á tí te odia!.....No sabes todo lo que habla de tí, que eres su bienhechor.

—Cuando está ébrio, Antonia. Juan siempre me ha querido. No ignoras que casi nos criamos juntos.

—Ese mónstruo no quiere ni á su hija!..... Mira. Pablo, hazme el favor de no hablar nunca con Juan Pelaez.

—Vamos, mujer, no seas tan dura con el pobre Juan. Puede ser que algún día se corrija, y da lástima dejarlo perecer de miseria. Sobre todo por su infeliz mujer y esa criaturita de tres años.....

—Pero, remédialas á ellas, sin tener trato con él..... Te repito, Pablo, que ese hombre te aborrece, no obstante el bien que le haces..... Ah! sí, te aborrece.....Si vieras qué ojeadas dirige á nuestra casa, cuando pasa, y cree que nadie lo observa.....Es un perverso!.....Te digo que es un pecado, Pablo, estar manteniendo los vicios y maldades de ese hombre!.....

—Vaya! vaya! eres muy caprichosa, replicaba al fin el bueno de Pablo Román, con su acostumbrada cachaza.

Y continuaba tratando á Juan con la misma benevolencia, como amigo que era suyo desde la infancia; lo que hacía que Antonia insistiera en sus consejos y amonestaciones, porque en verdad no podía soportar la mala conducta y la ingratitud de Pelaez, quien lejos de enmendarse se pervertía cada día más y más.

Rara vez se embarcaba ya, se mantenía en diligencias y comisiones de las autoridades, por lo que decían en el pueblo que era espía de los que mandaban, y que le pagaban por los chismes y delaciones que contra todo el mundo les llevaba.

Cuando perdía en el juego ó disipaba en holgorios los pocos reales que en aquellos viles oficios ganaba, cala sobre la infeliz Marta, que vivía trabajando incesantemente para alimentarlo á él mismo hasta con menoscabo de lo que ella y su hija necesitaban. Le quitaba cuanto conseguía, le vendía los miserables trastos que más indispensables le eran; y, como

se figuraba á veces que Marta le escondía el escasísimo producto de sus improbas labores, imaginó al fin obligarla á entregárselo, maltratando cruelmente á la pobrecita niña, que según he dicho contaba apenas tres años de edad.

Una tarde pasaba Pablo cerca de la casa de Pelaez, cuando vió que los vecinos de éste, asomados á sus ventanas, hablaban y accionaban con vehemencia. Detúvose para informarse de lo que ocurría y oyó gritos desgarradores

que partían de la morada de Juan, pidiendo socorro. Entró precipitadamente, y halló á aquel mal hombre que mataba á palos á la desgraciada Marta, la cual resistía á la pretensión de Juan, que quería arrebatársela la pobre criaturita y llevársela de la casa.

Pablo se avanzó sobre Pelaez, que estaba enteramente beodo, le quitó el palo, lo cogió por el pescuezo, lo sacó para la calle á empujones, y se lo entregó al comisario, quien lo redujo inmediatamente á prisión. Entonces pudieron venir los vecinos, y ayudaron á levantar del suelo á Marta, que estrechamente abrazada con su hija parecía haber perdido el conocimiento.

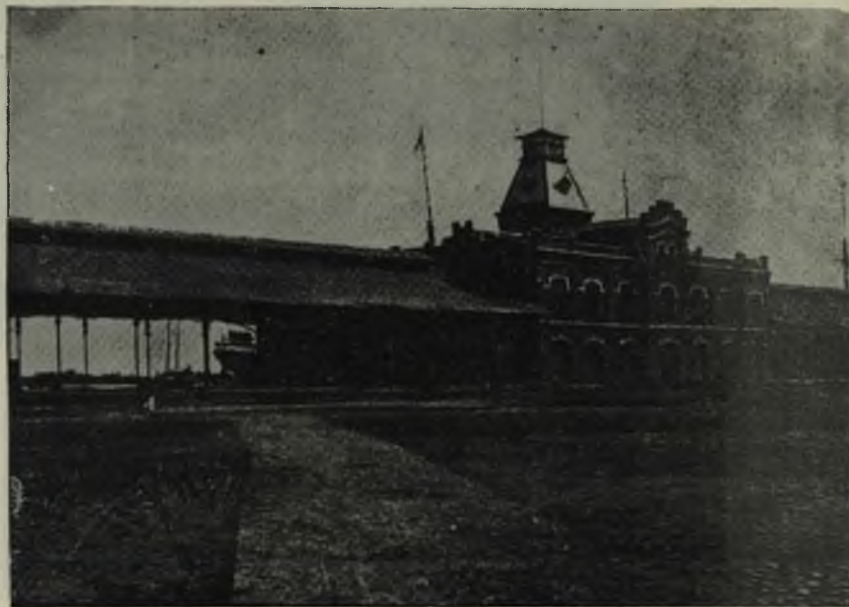
Desde ese día rompió Pablo Román todas sus relaciones con Pelaez. Auxiliaba á Marta con cuanto le era posible; pero á su marido, que estuvo preso tres días y fué luego puesto en libertad, ni siquiera le contestaba el saludo, cuando con él se encontraba en la calle.

Porque es bueno saber que Juan fingió después de su prisión el mayor arrepentimiento de lo que había hecho, disculpándose con que estaba ebrio en aquellos momentos; y puso luego todo empeño en que Pablo lo perdonase y volviese á tratarlo como amigo. Le mandó recado con diferentes personas, y hasta Marta engañada con las protestas y juramentos de Juan, se interesó vivamente por esa reconciliación, en la que esperaba encontrar su propia tranquilidad.

—Nada, nada! respondía invariablemente Pablo; nada!..... que trabaje, que pruebe primero que está corregido, que sea otro hombre, y entonces volveré á ser su amigo.

En lo que menos pensaba Juan Pelaez era en trabajar y regenerarse. Los vicios habían echado en él hondas raíces. Su propósito era seguir explotando á Pablo, cuyo buen corazón conocía. Viéndose despreciado, se aumentaron en él la envidia y el odio; el demonio del crimen le sugirió la infame idea de que Pablo cortejaba á Marta, y juró que se vengaría del arresto que le había hecho sufrir y del desprecio con que lo miraba.

Continuará



ADUANA DE PUERTO CABELLO. — (Venezuela)



MUELLE DE PUERTO CABELLO. — (Venezuela)



VISTA GENERAL DE MARACAIBO. — (Venezuela)



SAN JUAN DE DIOS Y HOSPITAL DE CHIQUINQUIRÁ. — Maracaibo (Venezuela)

PENSAMIENTOS SUELTOS

(POR EL DR. J. M. NUÑEZ DE CÁCERES)

Cuantos hay que habiendo tenido á menos ser amigos de Pedro cuando éste era pobre, pero bueno, tuvieron después á honra ser sus viles aduladores luego que fué malo, pero rico.

La generalidad de los hombres prodiga sus alabanzas á la virtud y sus vituperios al vicio para disimular el olvido en que tienen á aquella y el homenaje que rinden á éste.

El amor es el capitán que recibe mayor número de enganchados antes de sus batallas y el que caenta mayor número de desertores después de sus victorias.

La sabiduría, por grande que sea, siempre deja ver que es hermana menor de la ignorancia, á quien sin pensarlo obedece á cada instante.

La mayor parte de los lectores juzga del libro que lee por lo que ha oído decir de él y no por lo que él dice.

Todos los libros agradarían á todos, si todos convinieran con nuestros gustos y halagaran nuestras pasiones.

Cuantas veces una obra de caridad que hemos hecho nos sale más cara que mil malas que hiciémos y otras mil buenas que dejamos de hacer.

El verdugo nunca aborrecerá, ni menos perseguirá el crimen.

Menos parte tiene Dios en nuestras felicidades que en nuestras desventuras.

En los ricos tenemos que sufrir la mala crianza y en los pobres la crianza mala.

El amor es una especie de cojera que se conoce en aquel que la tiene aunque esté sentado.

El amor que tiene tanta elasticidad para el sufrimiento, pronto, ó se encoje ó revienta en el placer.

Toda obra, en lo bueno y en lo malo siempre contiene cosas que no parecen de su mismo autor.

Las riquezas son el raso tapado que contiene multitud de inmundicias ó el que sirve para taparlas todas.

El amor termina más pronto en su carrera que la amistad en la suya, porque aquel corre hacia un fin, y ésta hacia un principio.

La virtud es el sacerdote de consuelo que acompaña la pobreza á morir en el suplicio de la paciencia.

Somos buenos, pero pobres. . . ! que si siquiera fuéramos malos, pero ricos!

Al amigo que visita á tu mujer, por bueno que sea, préstale la fe y confianza que te prestabas á tí mismo cuando visitabas á las ajenas.

Acuérdate del modo con que recibes en tu casa á un pobre, para que tengas ó no derecho de indignarte por el modo con que te reciben en las suyas los pobres, si eres rico y los ricos si eres pobre.

Castigar la vanidad del necio es difícil; hacérsela comprender sería milagro, pero hacérsela abandonar es imposible.

Con frecuencia sucede que los hombres más favorecidos de la fortuna son los que con menos gusto gozan de sus favores, los menos merecedores á los menos hábiles para emplearlos ni en el propio ni en el ajeno provecho.

A veces hemos entendido á un mudo por sus señas y no á un hablista por sus brillantes frases.

Con frecuencia nos ha sido más provechoso en un momento dado el parecer grandes que el haberlo sido verdaderamente.

«Ver y creer» dijo el Didimo; pero en muchos casos lo más seguro es no creer aun después de haber visto.

Cuando hables mal de los ricos sin más razón que la de tener ellos y tú no, acuérdate de que algún día la fortuna te puede poner en compromiso con tu propia lengua.

Hay muchas mujeres que no sirven ni para queridas ni para requeridas.

El amor sienta tan bien en los viejos como los aguinaldos en viernes santo y el miserere en noche buena.

Pronto pasan muchos casados á cansados.

Nunca somos tan felices como creen los demás, ni tan desgraciados como lo creemos nosotros mismos.

Los hombres más brillantes por sus méritos lo son diez veces más si son ricos y diez veces menos si son pobres.

El amor es un jardín de fragantes y deliciosas flores que se riega cuando soltero y se estercola cuando casado.



(Colección de dibujos de artistas notables)
UN RECUERDO CARINOSO. — Por Robert Beyschlag

LOS POR QUÉ DE LA SEÑORITA SUSANA

POR
EMILE DESBEAUX

Continuación

En la chimenea ardía una buena lumbre. A su inmediación estaba todavía la butaca en la que antes había dormitado el viejo. Su vista le sugirió, sin duda, una excelente idea, pues empezó á sonreír y murmuró:
—Creo haber encontrado.
La niña miró á su abuelo.
Este había dejado la mesa para sentarse muy tranquilamente en su butaca.
—¿Me abandonas, abuelito? le preguntó la niña sin ocultar su extrañeza.
—Al contrario. Y ahora sí que vas á comprender.



El abuelo se sentó al lado derecho del hogar, un poco retirado del fuego, colocándose cual si conversara con una persona sentada enfrente de él y al otro lado de la misma chimenea. En tal posición, los rayos de la llama sólo llegaban á él oblicuamente no haciendo cosa que deslizarse sobre sus ropas.

—Ya ves, dijo, yo podría permanecer aquí todo el tiempo que quisiera, pues apenas llega á mí el calor; y sin embargo, estoy muy cerca del fuego.

—¿Estás en invierno? dijo Susanita con vacilación.

—¡Muy bien! exclamó el anciano; ahora estoy ya seguro de que esta demostración servirá para hacerte comprender. Estoy en invierno, como tú dices; pero mira donde voy á estar.

El abuelo se alejó con su butaca de la chimenea, pero poniéndose más al frente de la lumbre.

Así recibía el calor, no directamente, pero sí menos oblicuamente que en su anterior posición.
—¿La primavera? dijo con timidez la discípula.

—¡Exactamente! respondió el maestro; y continuó retirando su butaca de la chimenea, pero volviéndose á ella más y más, hasta que describiendo un arco de círculo se colocó de cara al fuego.

—¡Oh! dijo, ¡aquí sí que hace calor!

—Ya lo creo, replicó la niña, ¡cómo que estás en verano!

—¡Bravo! exclamó el abuelo; y aunque mi demostración no sea perfecta, pues reconozco yo mismo que mi butaca y yo no podemos representar á París, he logrado hacerte ver que se tiene más calor lejos del fuego pero enfrente de él, que cerca del fuego pero en posición oblicua.

—Sí, abuelito.

—Por consiguiente no extrañarás, en adelante, que en París haga más frío cabalmente cuando está más cerca del fuego, es decir, del Sol.

—No, abuelito.

El abuelo volvió á coger la naranja colocándola de nuevo delante de la bomba del quinqué. La niña miraba atentamente el cuadrado negro que marcaba la posición de París y al cabo comprendió. Pero viendo que una mitad de la naranja recibía de lleno los rayos luminosos, dijo señalándola con el dedo índice:

—Quiere decir que en esa parte de la Tierra debe de hacer calor cuando en la otra hace frío, ¿no es verdad?

—En efecto, cuando en París es invierno en otros países es verano; pero observa el dibujo y verás que, recíprocamente, cuando sea verano en esta parte del globo en que vivimos será invierno en la otra parte.

—Entonces, dijo la niña, si la Tierra no diera vueltas sobre sí misma á la vez que gira al rededor del Sol, tendría una mitad siempre en verano y otra en perpetuo invierno.

—¡Lo que sería bien incómodo para los habitantes de la última! dijo el abuelo riendo. Sin contar, añadió, que sería también soberanamente injusto, como lo has reconocido tú á propósito del día y la noche.

La niña había vuelto sus miradas al dibujo:

—París, dijo, siguiendo el movimiento de la Tierra, se encuentra aquí en el mes de enero y luego se va. Hela aquí por febrero, aquí en marzo, después acá en abril y esta es la primavera; en mayo, en junio, en julio es el estío; en agosto, septiembre y octubre está en otoño; por fin llega al invierno con noviembre, diciembre y otra vez enero. Concibo ahora, añadió, por qué no puede ser todos los días año nuevo.

—Durante ese inmenso viaje que hace la Tierra alrededor del Sol, gira sobre sí misma 365 veces, y por eso se ha dividido el año en 365 días. Y todavía me engaño, agregó el abuelo, pues no son 365 días exactos, sino 365 días y un cuarto de día. Resulta, pues, que para tener cuenta redonda es necesario hacer cada cuatro años, con los cuatro cuartos de día que la Tierra nos da de más, un día entero que se agrega al año, el cual tiene entonces 366 días. Esos años de 366 días son los que se llaman años bisiestos.

—¡Bisiestos! repitió la niña, ¡que feo nombre!

—Es un nombre que viene del latín, ¡pero no por eso es más bonito!



CAPITULO XVI

UN MILLÓN PARA LOS HABITANTES DE LA LUNA

—Decías tú, abuelito, que es un inmerso viaje el que realiza la Tierra dando la vuelta alrededor del Sol. ¿Pues cuántas leguas anda en un año?

—¿Leguas? ¡Querrás decir millones de leguas! exclamó el abuelo contestando á lo preguntado por su nietecita. La Tierra camina 235 millones de leguas cada año en su vuelta alrededor del Sol.

—¡Pues tiene que andar deprisa!

—Ya lo creo. Anda más de 640,000 leguas cada día. En un segundo, es decir, en el tiempo que tú tardas para contar "uno," la Tierra nos hace andar siete leguas de su itinerario.

La niña se quedó positivamente deslumbrada. Escuchaba á su abuelito como si éste le contara un cuento de hadas. Parecíale un sueño lo que oía y se preguntaba si eran posibles tales cosas.

Tratando de buscar un medio de darse cuenta de tan espantosa velocidad, preguntó:

—¿Va con más rapidez que un tren de ferrocarril?

—Sí, hija mía, corre con una velocidad mil trescientas veces mayor que la de un tren á toda máquina.

—¿Tanto como una bala de cañón?

—Setenta y cinco veces más; sin olvidar que la bala de cañón acaba por detenerse, mientras la Tierra no se para nunca.

—¡Es el judío errante del cielo! murmuró la niña.

Y agregó poco después:

—¿Pero en qué consiste que no sintamos ese movimiento de la Tierra? ¿Cuándo se mira al cielo, parece que son los astros los que giran á nuestro alrededor!

—En efecto; pero tú habrás reparado cuando has viajado por el ferrocarril, cuando el tren se deslizaba á todo vapor sin sacudidas de ninguna clase, que también te parecía estar quieta y que eran las casas y los árboles los que corrían.

—Sí, abuelito, yo he notado eso.

—Pues bien, si entonces no sentías el movimiento del vagón, parece natural que no sientas tampoco el de la Tierra, la cual es un vagón de otra manera construido, de otra manera suspendido, en el cual ningún choque ni confusión ni accidente pueda advertirte que ruedas, que giras, que bogas en el espacio con una rapidez vertiginosa.

La niña reflexionaba

—Pero si la Tierra, dijo al cabo de un instante, es redonda y gira, ha de llegar un momento en que nosotros estemos con la cabeza abajo: ¿Por qué, no nos caemos?

—Esa expresión de "la cabeza abajo" no significa nada para nosotros, puesto que la Tierra es redonda y nuestros pies están siempre dirigidos hacia su centro. Pero aún suponiendo que en ciertos momentos estemos cabeza abajo, no por eso caeríamos, pues la Tierra nos llama á sí por una fuerza llamada gravitación. Todo lo que está sobre la Tierra gravita sobre la Tierra. ¿Por casualidad has visto alguna vez que se caiga alguna cosa.....al aire?

—No, respondió la niña. Pero dime, ¿qué causa obliga á la Tierra á dar vueltas y más vueltas alrededor del Sol? ¿No podrá antojársele el día menos pensado decirle adiós y marcharse más lejos?

—No, porque así como hay para nosotros la fuerza de la gravitación, para la Tierra y para los planetas hay otra fuerza que los obliga á girar en torno del Sol y siempre á las mismas distancias.

—¡Pero esa fuerza es una tiranía!

—Tiranía bien entendida, añadió el viejo, pues si la Tierra tuviera el capricho de irse con viento fresco lejos del Sol, y si además pudiera realizar ese capricho, nos privaría del calor benéfico al cual debemos la vida ó se estrellaría contra algún planeta haciéndose pedazos. De todos modos, eso sería el fin de nuestro mundo, al que damos tanta importancia aunque es una cosa ínfima en el universo infinito.

—Si sucediera eso, dijo Susana, ¿dejaría de vivir cuanto en la Tierra vive, incluso los animales? ¡Y mira que hay animales!

—Sí, hay muchos. La cantidad de seres vivientes en nuestro globo es incommensurable. En las selvas, á la sombra de los gigantes árboles como al abrigo de las humildes setas, vive, come, corre, se pasea, se bate, goza, padece y muere todo un pueblo de insectos.

Y la niña evocaba en su mente esa inmensidad de insectos invisibles, atribuyéndoles nuestras costumbres, concediéndoles nuestras alegrías y nuestros dolores, adivinando, en fin, la multiplicidad de la existencia.

Pero abandonó esta idea para volver á sus preguntas.

—Abuelito, si el Sol atrae la Tierra será más fuerte que ella, ¿no? Dime, ¿es más fuerte y más grande?

—Es nada más que un millón doscientas mil veces más grande que la Tierra, dijo el abuelo con tranquilidad.

—¡Un millón doscientas mil veces! repitió la niña: ¡Pues está visto que somos bien poca cosa!

En aquel momento entraba Pablo en la sala. Había oído el fin de la conversación de su abuelo y su hermanita, y para consolar á esta última le dijo:

—Después de todo, justo es reconocer que si la Tierra es humilde súbita del Sol, en cambio ejerce poder sobre otro mundo.

—¿Cuál? preguntó la niña.

—La Luna.

Continuara



PARQUE Y COMANDANCIA DE ARMAS. — Caracas (Venezuela)

EL GUSANO

A MI ESTIMADA AMIGA LA SEÑORITA MARÍA HENRÍQUEZ

Arrastrándose ví sobre la yerba
En el patio, hace noches, un gusano,
Y á favor de las sombras notar pude
Que una luz del insecto guiaba el paso.

Acerqueme y el mísero viandante
Miré entonces con ojos espantados,
Pues al buscar de aquella luz el foco
Ví que el mismo viajero era su faro.

Iba el pobre animal, de ojos y dorso
Como de un áscua claridad brotando.
Mas ni en llama la luz aquella ardía,
Ni en su fuego el Luzbel era abrasado.

Misterio incomprensible!, me decía,
¿Cómo, con tanta luz, calor escaso? . . .
¿Cómo puede vivir, al tacto frío,
Sin quemarse en su fuego ese gusano?

Y ese foco, ese foco, que encendido
Lleva el mísero en sí, quién se lo ha dado?
Y, cómo de su oculta lamparilla
No se apaga el fulgor dentro del fango?

Tal me dije: en lo oscuro del misterio
Quedéme largo tiempo meditando,
Mas, al cabo pensé que tiene el hombre
Del lucífero insecto un vivo rasgo.

Viva chispa se oculta en su cerebro
Áscua que vive ardiendo sin acabo,
Luz que va las tinieblas de su vía
Como un sol á su marcha, disipando.

Nace el hombre con ella, crece y muere
Va con ella doquier, siempre alumbrando
De su existencia el áspero sendero
De su vida mortal paso tras paso.

Y la vívida chispa no le quema
Y arde el áscua en su sér, sin abrasarlo,
Y la luz brota allí de su cerebro
Como de rico eléctrico-dinamo.

Esa tal la razón, la inteligencia
Con que plugo al Creador feliz dotarlo;
Por ella es rey el hombre de los seres,
Por ella se alza el genio hasta lo alto.

Oh! si á mí de esa llama misteriosa
Que hace un atleta al genio, un vivo rayo
Disipara las sombras en que vivo,
Diera luz á la noche en que divago.

Cómo entonces, María, cómo entonces
Fuera de tu virtud el cantor grato,
Cómo, cual el Petrarca á Laura un día,
Diera gloria á tu nombre con mi canto! . . .

Cómo entonces de este álbum en que escribo
Brillarían las páginas que trazo!
Mas, . . . perdón, María, yo no tengo
Ni siquiera una luz como el gusano.

J. A. GANDO BUSTAMANTE.

Caracas: setiembre 14 de 1892.

EL PESCADOR DE ISLANDIA

Continuación

¡Cuán amargo fué aquel último día para la pobre abuela! En vano rebuscaba en su imaginación cosas graciosas con que distraer á Silvestre; en lugar de dicharachos y cuentos, eran sollozos los que á cada instante pugnaban por salir de su garganta. No cesaba de hacerle mil recomendaciones, que también á él le hacían sentir ganas de llorar.

Por último, concluyeron por entrar en una iglesia para rezar juntos sus oraciones.

La señora Moan tomó el tren de la tarde para regresar á su aldea. Para no gastar dinero inútilmente, fueron á pié hasta la estación: él, cargado con el cartón de viaje de la abuelita; élla, suspendida de su brazo. Estaba fatigada, muy fatigada la pobre anciana, de tanto como había andado en aquellos días. Ya no se sentía con fuerzas para andar derecha y con aire juvenil: la vencía el peso de sus setenta y seis años.

Ante la idea de que dentro de algunos momentos tendría que separarse de su nieto, tal vez para siempre, su corazón se desgarraba de una manera horrosa. ¡Iba á la China, allá, muy lejos, á donde se mataba la gente! Todavía le tenía á su lado: todavía podían tocarle sus manos temblorosas. . . . Y sin embargo, no tendría más remedio que dejarle partir; toda su voluntad, todas sus lágrimas, toda su desesperación, no podían impedir que partiera.

Entorpecida por su billete, por su cesta de provisiones, por sus mitones de lana, agitada, temblorosa, le reiteraba sus últimas recomendaciones, á las cuales contestaba él con un sí muy sumiso, sin dejar de cotemplarla con sus ojos dulces, de mirar cándido como los de los niños.

El silbato de la locomotora dejaba oír su ruido estridente anunciando que el tren iba á ponerse en marcha. Sobrecogida del temor de quedarse en tierra, arrancó de las manos de Silvestre la cantonera de viaje, que casi á la vez dejó caer de las suyas, para colgarse del cuello de su nieto en un supremo abrazo. . . .

Por fin, empujada por los empleados, aniquilada, sin conciencia de sus actos, subió al primer vagón que se presentó ante su vista, mientras él echaba á correr á fin de dar vuelta á la estación, y poder llegar á la empalizada exterior á tiempo todavía de verla al paso del tren.

Escuchóse un silbido más estridente que los otros: luego, el ruido sordo de las ruedas al ponerse en movimiento. Silvestre, encaramado en la empalizada, agitaba su gorra, y ella, asomada á la ventana del coche, hacía señales con el pañuelo para que él la reconociera. Durante tanto tiempo como le fué posible, mientras pudo distinguir la silueta de su nieto, le siguió con los ojos, gritándole con toda su alma ese "hasta la vista", siempre incierto, que se les dice á los marinos que parten. Y cuando la sombra querida se perdió en la distancia, la abuela desolada se dejó caer sobre su asiento, sin cuidarse de que se arrugaba su cofia bien planchada, llorando á lágrima viva, presa de mortal angustia. . . .

En cuanto á Silvestre, se volvió al cuartel, marchando lentamente con la cabeza baja, mientras gruesas lágrimas silenciosas se deslizaban por sus mejillas. Había cerrado la noche, y los mecheros de gas alumbraban la fiesta de los marineros que se despedían de la tierra. Sin hacer caso de nada, atravesó Brest y el puente de la Recouvrance, dirigiéndose á su alojamiento.

— "Escucha, niño", murmuraban á sus oídos las voces enronquecidas de aquellas mujeres que ya había encontrado la noche del teatro.

El buen muchacho apretó el paso, y lloró toda la noche en su humilde *coi* de marinero.

XV

Navegaba *al largo* sobre mares para él desconocidos, mucho más azules que el de Islandia.

El buque de vapor que le conducía al extremo Oriente, tenía orden de apresurar su viaje, deteniéndose el menos tiempo posible en los puertos de escala.

Silvestre tenía conciencia de estar ya muy lejos de la patria, arrastrado por aquella velocidad igual, incesante, que ni mar ni viento contrarios podían amortiguar. Como gaviero, vivía en la arboladura del barco, evitando así el contacto de los soldados que se amontonaban en el puente.

Dos veces habían hecho escala en el puerto de Túnez, para embarcar zuavos y mulos, lo que le permitió contemplar desde lejos varias poblaciones blancas, edificadas unas sobre arenas y otras sobre montañas. Una vez se tomó el trabajo de bajar de la cofa que le servía de observatorio para mirar curiosamente á unos hombres de atezado rostro, envueltos en largas vestiduras blancas, que habían venido á bordo para vender frutas; un compañero le hizo saber que aquellos individuos eran beduinos.

REVISTA DE LA QUINCENA

POR EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

LOS CHIVATOS

Hay entre nosotros un tipo que merece los honores de una revista exclusivamente dedicada á él, como que se generaliza por modo sorprendente, presentando en la unidad genérica inmensa variedad de curiosísimas especies.

A esto voy á dedicarle mi revista, empezando por pedir perdón á mis amables lectoras, de la expresión vulgar con que á cada línea habrán de tropezar. ¿Cómo no llamar á mi tipo por su nombre?

No sé por qué arte de calabazas se designó á los diestros en el juego de billar con el nombre popular que en Venezuela lleva el macho cabrío; pero es lo cierto que de la técnica de los billares pasó el nombre á la categoría de vocablo corriente en nuestro lenguaje familiar, casi con tanta aceptación como la palabra *guachafita*, la que, si no estoy mal informado, ha recibido ya autorización para colarse en el idioma por parte de la corporación que limpia, fija y da esplendor.

Al principio no había más *chivatos* que los que, taco en mano, no paraban en las carambolas; pero hoy es chivato todo el mundo, hasta las mujeres. Hay pollo que galantea en el baile á su pareja con un piropeo de este estilo:—Usted es muy chivata.

Puede asegurarse que la aspiración madre es la de conquistar el famoso nombre que tan humildemente llevaba ante nuestros abuelos el macho cabrío. ¡Quién se lo habría de decir!

¿Y, cómo nó, si la patente de chivato asegura al individuo el derecho de ser el primero en el campo á donde le llevan la vanidad ó la conveniencia?

¿Habrá alguien que se contente con menos en lo descubierto de la tierra?

Es verdad que los muy escrupulosos no pueden ser chivatos en toda la extensión de la palabra; porque, eso sí tiene la profesión: se debe ser chivato antes que todo y por sobre todo. De otra suerte, ó se lleva indignamente el nombre, ó se corre peligro de perderlo, lo cual es una desgracia incomparable. Es preferible no serlo nunca, á quedar reducido á ex-chivato. Esto es degradante; es llegar á peor condición que la del buey.

Así vemos á muchos que, en la alternativa, antes arriesgan la vida que tan alto título.

Individuo conozco yo que todo lo sacrificaría, menos sus intereses, á su bien sentada reputación de chivato. Y digo, menos sus intereses, porque el sacrificarlos por cualquier motivo, es una negación de la especie de chivatería cuyo principal objeto es el hacer dinero por todos los medios sin excepción alguna.

La chivatería es hija legítima de la vulgaridad y del demonio de la vanidad. No hay en consecuencia chivatos humildes ni cultos, no puede haberlos, ni los concibe la imaginación, ni los reconocerían sus hermanos, muy severos en eso de falsificaciones en asunto de tanta trascendencia.

Hay tantas especies de chivatos como de vanidosos.

Hay chivatos á caballo, á pié, de baile, de todo; pero los de estas especies y otras análogas son si se quiere inofensivos: molestan mucho; pero no perjudican sino á sus propias personas poniéndose en ridículo.

Las peores especies son las de el chivato galante y el especulador.

Para el primero no hay mujer imposible, como no hay para el segundo especulación ilícita. Ya me detendré más adelante en uno y otro.

El chivato ó caballo se reconoce por el plantaje, por el sombrero puesto á la española, por el *chaparro*, por los arreos lujosos y á la llanera, por el cabestro de cerda arrollado al pescuezo del bruto; y, sobre todo, por el aire con que mira á todo el mundo, como desafiando á quienquiera que no le vea con admiración.

El chivato á pié no es otro que el conocido con el nombre de *gomoso*, y holgaría su descripción.

El de baile es el mismo gomoso corregido y aumentado, y digámoslo así, en campaña. Es el que ostenta en el sarao la mejor pechera y lleva el frac más elegante, el pareja jurado de la muchacha más bonita, el director nato de todas las cuadrillas. El que en el vals atropella á todo el mundo y lanza miradas de olímpico desprecio sobre quien no le abra campo para ejecutar el molinete. Ya se vé, el baile es para él solo: todos los demás son unos intrusos. Tiene modales de gañán, de lo contrario no sería chivato. Habla á gritos, tutea á las señoritas, abraza á los hombres respetables, dirige bromas cursis

á las señoras, va, viene, aquí exclama ¡*au revoir!*! más allá ¡*all right!*! habla al oído de la pareja para decirle que hace mucho calor, á tiempo que mira á derecha é izquierda para que crean que teme ser escuchado; no fuma en toda la noche porque no tiene tiempo, lleva en un bolsillo los programas de las parejas más solicitadas, en otro el pañuelo de fulana y una pulsera de zutana, tiene en la mano el abanico de mengana y en la cintura un revólver como una botella y que le mete miedo á él mismo. Conoce á todos los sirvientes, que se desviven por atenderle; es íntimo amigo de todos los músicos, que tocan piezas extraordinarias en su obsequio. No hay desagrado sin su intervención *amistosa*, ni dama con soponcio sin sus oportunas atenciones. En síntesis, una noche de baile es para el chivato de ídem la suma de todas las grandes emociones, la fruición del alto y substancioso fin de su existencia.

De las especies inofensivas es esta la que presenta más ridícula silueta.

El chivato galante es más temible por la lengua que por los actos. Estos se reducen á mirar con insolente insistencia á las mujeres, á arrimarseles mucho y á hablarlas con tono acaramelado, á embriagarlas con el penetrante perfume del pañuelo, á deslumbrarlas con la blancura de los puños y la riqueza de las yuntas, mostrando una y otra cosas con oportunos estiramientos de los brazos, en que las manos sacan los puños diez centímetros fuera de la manga. Desdichada la dama virtuosa que no les pone cara de vinagre: en la noche rueda su nombre sobre las mesas del club, acompañado de retencencias infames y de sonrisas maliciosas.

Esta especie corre parejas con la del galante clandestino, que ronda casas de noche, atisba por las celosías, persigue por las calles á la dama que tiene en mentes, siempre á media cuadra de distancia y con la cabeza baja y retorciéndose el mostacho; medita en sus medios de seducción y evita el escándalo, sin que esto obste para que muera á manos de un padre que sepa hacerse cumplida justicia ó de un marido con el corazón bien puesto que quiera hacerle á la sociedad un buen servicio.

Y llegamos ya á la grande y complicada especie de los chivatos especuladores; especie que se subdivide en muchas y que presenta el mayor número de interesantísimos ejemplos: los que ejercen el arte de la chivatería en el comercio, en la política, en la bolsa, en donde quiera que puede sacarse una tajada.

Los que lo ejercen en el comercio tienen casa establecida, donde las utilidades no son el resultado lógico de la compra á tres y la venta á cuatro. Allí se venden mercancías falsificadas, fallas de peso é introducidas de contrabando. Las adiciones de las facturas siempre están erradas en contra del comprador. Los cobradores poco listos no salen de la casa con la cantidad completa, y á los que van á pagar los confunde el hecho de que, llevando la cuenta cabal, resulte que algo falta al acto de entregar. Los desgraciados agricultores que á tales casas consignan sus frutos no salen de ahogos; cada cuenta-venta les demuestra que el producto apenas si alcanza para gastos, intereses y comisiones, mediante el siguiente procedimiento: oportuno aviso al remitente de que el peso anotado en la boleta de remisión no es exacto y faltan no sé cuántas libras; y que de los frutos vino tal cantidad en tal mal estado, que es forzoso realizarla por la mitad de su valor. Venta de la consignación cuando el precio sube y presentación de la cuenta-venta cuando baja. Luego vienen las deducciones por mermas, gastos en reparación de sacos averiados y reposición de los inservibles, arrumajes, fletes y gastillos. Por supuesto que la comisión se carga antes de hacer las deducciones y en la cuenta corriente se cargan sobre todas estas cantidades intereses que se capitalizan al fin de cada semestre. Y luego escuche usted al chivato hablar de su honradez y de cómo ha ganado lo que tiene, es decir, su dando mucho, y se pasa el índice de la derecha por la frente y sacude la mano. En esto no miente: es así como el pobre agricultor le ha puesto la ganancia en la caja.

El chivato político se subdivide en especies infinitas. Con el solo estudio de ellas habría para un volumen.

Paso por encima del chivato que ejerce el arte en la bolsa, porque no tiene maldita la gracia, para terminar con el gran chivato, con el *chivatus chivatorum*, con el chivato *fantoche*, que ejerce el arte siempre, de todos modos y en todas partes, y apechuga con toda provechosa porquería.

Es miembro de todos los clubs, donde juega, gana y rara vez pierde, con asombrosa calma; lleva en el anular izquierdo un brillante como un melocotón; el vestido flamante; un primor el alfiler de la corbata y un pebetero el puro con anilla. Es accionista de todas las compañías anónimas en cuyas asambleas dice con tono de magister cada desatino que tiembla el edificio; se pasea en la retreta con séquito de chivatos satélites. Sigue al pié

de la letra el dicho de *¿á dónde vá Vicente?* *Donde vá la gente*. Al teatro, á Macuto, á la inauguración de una obra pública en el Interior de la República con la comitiva presidencial, á todos los bailes sonados, donde presenta á la señora hecha un muestrario de joyería. Frecuenta el Puente de Hierro. En dondequiera se exhibe, en todas partes habla, tonterías porsupuesto; y en todo lugar y á toda hora está tras el negocio, haciéndole el tiro á la tajada, sobre la pista, dispuesto á abrirle como Nerón el vientre á su propia madre, si dentro hubiera oro.

Desde el fondo de mi tintero me gritan todavía innumerables especies pidiendo que las saque á luz. Allí las dejo hasta que más tarde las saque todas para ponerlas en acción en las páginas de un libro.

En otra sección de este periódico se inserta hoy un suelto de una publicación de Madrid sobre el brillante éxito alcanzado por un compatriota nuestro, el joven Fernández Arcila, en los exámenes del Conservatorio de Declamación de aquella metrópoli.

En diversos ramos científicos y artísticos hemos tenido compatriotas que, por su notable aprovechamiento y amor patrio, han traído á Venezuela gérmenes de verdadero adelanto intelectual. El arte escénico tiene especial trascendencia, pues interpretando la literatura dramática hace efectiva su influencia en la cultura y en la moralidad de las costumbres, influencia tan poderosa, que apenas la de la prensa podría serle equiparada. Es por esta razón motivo de justo júbilo la noticia que hoy nos llega de los fructuosos talentos de nuestro joven compatriota Fernández Arcila, cuyos triunfos celebramos y en los cuales vemos un augurio de vida para nuestro Teatro Nacional y un nuevo y grato vínculo para con nuestra histórica madre España.

Desearnos que el señor Fernández Arcila pueda vencer hasta el fin en esa lucha que prueba siempre tan duramente todos los esfuerzos nobles.

Cerrábamos ya esta sección cuando se nos comunicó la triste noticia del fallecimiento del Dr. MANUEL VICENTE DÍAZ, después de largos años de dolencia.

El Dr. MANUEL VICENTE DÍAZ, hombre que vivió consagrado á la ciencia y que en aquella á que dedicó sus desvelos fué notable, era apacuísimamente miembro de distinguida familia y jefe de otra muy respetable, extensamente relacionado y justamente estimado en nuestra sociedad. Enviamos nuestro pésame á sus deudos.

ORACION DE UNA SOLTERA

Yo, Dios mío, creo en tí,
Y pues te adoro de hinojos
Vuelve á mí tus santos ojos,
Que estoy sin novio, ¡ay de mí!
De amor me estoy abrasando,
Y es mi paciencia ya escasa
Pues, mientras el tiempo pasa
Yo también me voy pasando.
De mi estado piedad tén,
Y ya que mi amor no es ruin,
Permite, Señor, que al fin
Encuentre un marido. Amen.

CARTA CHARADISTICA

Querido Juanito: Tengo el sentimiento de manifestarte que he sido víctima de una desgracia. Un *todo* que pasaba por la carretera en dirección contraria á la mía, me atropelló con tan mala fortuna que, cayendo sobre una *dos prima*, recibí un golpe horrible. Me encuentro en una *tres* con fiebre. A veces, en el delirio, sueño que *tres cuatro* al conductor; otras que, llevado de mi furor, he *dos cuatro* el *una dos*. En fin, padezco horriblemente.

Si de veras quieres á tu amigo, *cuatro tres* un coche y ven á verme; lo que te agradecerá tu camarada

Alfredo Boria.

La solución en el próximo número.